JAN

Y LA CIUDAD PERDIDA



JORDI SIERRA I FABRA

RAQUEL OCHOA

pijama

JORDI SIERRA I FABRA



Primera edición: octubre 2025

© del texto: Jordi Sierra i Fabra
© de las ilustraciones y cubierta: Raquel Ochoa
© de la corrección: Milena Hidalgo
© de la maqueta: Diana Fernández

Pyjama Books, SL. 2025
Avenida de Menéndez Pelayo, 67
28009 Madrid, España.
info@pijamabooks.com

Todos los derechos reservados.

Comunidad de Madrid

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid.

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO, DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.

ISBN: 978-84-19135-59-9

THEMA: YFB

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SINOPSIS

Jan se mete en un buen lío cuando «toma prestada» la varita mágica de su padre, el Gran Mago, y se teletransporta, sin querer, a la enigmática Zona Oscura.

¿Logrará regresar a casa?

Lo que no imagina es que el camino hacia la legendaria Ciudad Perdida estará lleno de peligros... y de criaturas fantásticas que cambiarán su destino para siempre.



CAPÍTULO 1

De cómo empezó la insólita aventura de Jan, el hijo del Gran Mago, por jugar con la varita mágica de su padre.

El día en el que, como cada año, comenzaba el curso académico, Fantasy era una fiesta.

Todo estaba a punto, la ciudad engalanada, los mandamases y los contadores, los jueces y los artistas, los magos en sus distintas categorías, la gente que vibraba con el más feliz y alegre de los días. Terminaba el verano y comenzaba los meses de aprendizaje, estudio y vida. Nadie quedaba al margen. Ninguna persona era ajena a la celebración. Todos querían estar presentes cuando el Gran Mago pronunciara su solemne discurso.

¡Ah, el Gran Mago!

Sin duda era centro de todas las miradas.

El personaje más emblemático de Fantasy.

Alto, poderoso, panzón, con un egregio gorro de hechicero y su bata de estrellas. Tenía ojos de gato y una enorme barba tras la cual, escondida, se suponía que estaba la boca. Las manos eran enormes. Impresionaba nada más verlo. Encima, ese día vestía sus mejores galas y enarbolaba su más famosa varita mágica...

Todos querían ver cómo levantaba a Mayestática, la varita de las varitas, surgida del más milenario roble abatido por un rayo tiempo atrás. Todos querían escucharle pronunciar su conjuro para que las puertas de la Asamblea se abrieran de par en par dando por iniciado el año mágico de turno.

Mayestática no era muy grande, pero sí muy especial. Medía poco menos de cuarenta centímetros, exactamente treinta y siete, tenía una empuñadura gruesa y terminaba en punta. De un extremo a otro se retorcía de una forma extraña. Carecía de nudos y era muy, muy poderosa. Toda la energía de aquel rayo se había concentrado en ella. Y era brutal. Por esa razón a Mayestática solo podía utilizarla el poder de un gran mago, como el Gran Mago. Pocos eran capaces de dominarla.

Salvo excepciones, Mayestática únicamente era empuñada ese día en concreto. El resto del año se guardaba en la vitrina de las varitas del Gran Mago, en la Mansión de Piedra.

Mientras se preparaba para salir de casa y daba los últimos toques a su atuendo, Jan, el hijo del Gran Mago, miraba a su padre con admiración y respeto.

Un día sería como él.

Aún le faltaba mucho, pero un día sí, lo sería. Antes tenía que crecer y, sobre todo, mejorar las notas. Porque si en algo flojeaba Jan era en los estudios.

Eso y que era... bueno, por decirlo de una forma suave, «un poco patoso».

El Gran Mago abrió la Cámara Prohibida de su mansión. En el centro, en la vitrina, podían verse sus varitas. Tenía cuarenta y siete. Un tesoro. Las había grandes, pequeñas, de maderas diversas y hasta dos de metal, que eran las más imprevisibles. Mayestática estaba en el centro.

La elevó con solemnidad, cerró la vitrina y salió con ella.

Lo que sucedió en ese momento fue... casualidad.

—¡Petros, ven!

El Gran Mago podía ser el Gran Mago, pero su mujer era de armas tomar. Ella no necesitaba varitas mágicas para ser obedecida. Incluso su marido le tenía miedo y respeto.

—¡Voy!

El Gran Mago dejó la varita sobre una mesa.

Jan estaba allí.

Siempre había visto a Mayestática en la vitrina o en manos de su padre. Ni la había tocado.

La tentación fue demasiada.

La varita de Jan era algo así... como un mondadientes. Y sólo la utilizaba en clase, para practicar. Por supuesto que hacía sortilegios minúsculos. Había que estar muy concentrado para mover cosas o cambiar de forma un objeto.

Así que... Jan tomó la varita.

Al instante sintió una especie de corriente eléctrica recorriéndole la mano, el brazo, todo el cuerpo. Incluso más allá de eso, su mente se llenó de luz.

Sintió el poder.

Roc, el perro de la familia, dio un paso atrás.

Samu, el periquito, dejó de piar.

Lo único que quería Jan era... probar.

Hacer algo pequeño, pequeñito...

—¡Aguilus! —apuntó con la varita a Samu.

No, el periquito no se convirtió en un águila. Lo que hizo fue crecer, crecer y crecer...

Hasta terminar ocupando toda la jaula.

El pobre ya no piaba. Parecía una sardina en una lata. Ahora su voz era gruesa y grave:

—Pi-o, pi-o, pi-o...

Roc ladró.

—¡Retrocesus! —gritó Jan agitando de nuevo a Mayestática.

Lejos de volver a su estado natural, Samu siguió igual. En cambio Roc se convirtió en una tortuga.

Jan no sabía que su perro soñaba todas las noches con tortugas.

El periquito, el perro... Jan empezó a sudar.

Se las iba a cargar.

O arreglaba el lío o su padre era capaz de... ¿Cómo se decía que todo fuera igual que antes?

—¡Totus... totus...! —No encontraba las palabras—. ¡Totus...!

Y sucedió lo inesperado.

Porque, de pronto, la habitación entera desapareció, incluidos Roc y Samu.



¡Flash!

Jan se encontró entonces en un lugar oscuro, frío, lleno de árboles secos, tierra gris y silencio. Un lugar del que nunca había oído hablar y que parecía sacado del más horrible libro de terror y misterio jamás escrito.

Se quedó paralizado.

Miró a Mayestática.

—¡Por favor! —le suplicó al borde de la desesperación.

La varita no hizo nada.

—¿Y ahora qué hago? —suspiró Jan.



CAPÍTULO 2

De cómo apareció en aquel mundo oscuro y tenebroso un inesperado amigo dispuesto a ayudar a Jan, metido en un lío de mil demonios.

Jan dio unos primeros pasos muy asustado.

No tenía ni idea de dónde estaba. Nadie le había hablado en la escuela de submundos como aquel. Pero más allá de su miedo, pensaba en su padre, que en ese instante estaría echando en falta a Mayestática.

Eso sin contar que vería a una tortuga en el salón, a un periquito que no cabía en su jaula y que... su hijo había desaparecido.

Vamos, que sumaría dos y dos y le saldría cuatro.

—He de volver —miró suplicante a la varita mágica.

Era extraño. Parecía que Mayestática hubiera perdido su poder y estuviera fría, como lo estaba aquel lugar. Jan no sentía nada al tocarla. Salvo unas cosquillas.

—¡Regresus! —probó.

La punta de Mayestática soltó unos leves chisporroteos.

A Jan no se le daba bien el latín para los hechizos. Quizá fuera eso.

Allí no había caminos, no había nada, ningún punto de referencia. De hecho no había ni horizonte. Los árboles secos lo cubrían todo, y más allá de ellos la penumbra era más y más cerrada. No se veía el cielo. Era como si un pavoroso incendio lo hubiera arrasado todo. Pisar aquella tierra gris era como caminar sobre una alfombra. Incluso era algo pegajosa. Lo único agradable era el aire. Olía bien.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Jan.

Y para su sorpresa, le respondió una voz.

—Sí, hay alguien: yo.

Jan buscó al dueño de la voz.

No vio nada a ras de suelo, así que levantó la vista.

Entonces descubrió dos enormes ojos que le miraban fijamente.

Y detrás de los ojos... una lechuza de aspecto sereno.

—¿Quién eres? —preguntó Jan acercándose a ella.

—No, primero ¿quién eres tú? —objetó la lechuza.

—Me llamo Jan. Vengo de Fantasy.

—¿Fantasy? Me suena ese nombre. — La lechuza parpadeó una vez, pero como si lo hiciera a cámara lenta—. Tengo un problema de memoria, ¿sabes? —Se estiró un poco—. ¿Y qué estás haciendo aquí, Jan de Fantasy?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Me he perdido.

—Pues este no es muy buen lugar para perderse.

—¿Vas a decirme quién eres?

—Mi nombre es Serena.

—¿Y dónde estoy?

—Está claro, ¿no? En la ZO.

—¿En la qué?

—¡La Zona Oscura! —se impacientó Serena—. ¿En tu mundo no utilizáis siglas para resumir las cosas?

—No.

—Menudo atraso. ¿Cómo has podido perderte? Pareces un chico listo.

—Estaba... jugando con esta varita mágica en casa y, de pronto, me he visto aquí.

—No parece muy mágica que digamos.

—Pues lo es. Y poderosa. ¿No te digo que estaba en casa y en un abrir y cerrar de ojos me he visto aquí? —Se dio cuenta de un detalle y preguntó—: ¿Cómo es que hablas?

—¿Y por qué hablas tú?

—Bueno... yo soy un niño. Un humano.

—Toma, y yo una lechuza. ¿No hablan las lechuzas en tu mundo?

—Más bien no.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer ahora, Jan?

—No tengo ni idea, pero he de regresar a casa.

—Sí, mucho mejor. En confianza, esto es muy aburrido.

—¿Hay algún lugar a dónde ir?

—Pues... no sé.

—¿Un camino, una puerta...?

—Ni idea. Aunque...

—¿Qué? —la apremió nervioso al ver que se detenía.

—Creo que cerca de aquí hay un poste con unas señales. Quizá te ayuden.

—¡Lo que sea! ¿Por dónde hay que ir?

Serena movió la cabeza. Pareció rotarla 360º. Desde luego, con esa mirada fija y tan seria, impresionaba un poco. Sin embargo, tenía aire de ser muy afable.

—No estoy segura —dijo la lechuza—. Vayas donde vayas, todo parece igual.

—Por favor...

—Vamos por este lado. —Señaló con un ala.

Y tras bajar de la rama del árbol se posó en el hombro izquierdo de Jan.

El chico no tuvo más remedio que obedecerla. Era su única alternativa. Durante unos minutos caminaron en silencio. Lo curioso es que allí, el tiempo era como si no existiese.

Jan miró el reloj.

Y de nuevo a los cinco minutos, más o menos.

Las agujas seguían igual.

—¡Es la misma hora! —mencionó impresionado.

—¿Qué es una hora? —preguntó Serena.

—¿Aquí no transcurre el tiempo?

—¿Tiempo? ¿Qué es eso?

Había dicho que era un poco despistada... No, que le fallaba la memoria.

Quizá fuera eso.

Siguieron caminando un poco más, hasta que, a unos metros, apareció un poste con señales, tal y como ella le había dicho. Jan echó a correr.

Su entusiasmo menguó casi del todo.

Era un poste de señales, sí, pero lo que indicaba...

Una flecha señalaba hacia un lado y decía: «Por aquí». Otra señalaba hacia el otro lado y decía «Por allá». Una tercera flecha apuntaba hacia abajo y en el texto se leía: «Aquí».

—No es de mucha ayuda —suspiró abatido.


POR ALLÁ
POR AQUÍ
AQUÍ

Serena voló de su hombro hasta el poste.

Jan se dio cuenta entonces de que tanto en el «Por aquí» como en el «Por allá», había una bisagra superior.

Eso indicaba que se trataba de una especie de tapa, y que si se levantaba... ¡habría más información!

La lechuza levantó la cubierta del «Por allá». Había una lista de lugares: «Mar vacío», «Bosque de piedra», «Agujero sin retorno», «Acantilado infinito»...

—A ver la otra —vaciló Jan.

Serena levantó la cubierta del «Por aquí».

La lista de lugares parecía más... normal, dentro de lo anormal que era todo: «Cementerio», «Manantial», «Laberinto», «Casa de la bruja» y «Ciudad Perdida».

Lo del cementerio... no alentaba mucho, pero si después había un manantial y una ciudad... Aunque en medio, que apareciera una bruja tampoco era moco de pavo.

—¿Vamos... por aquí? —propuso el chico.

Serena regresó a su hombro.

—¡Qué emocionante! —graznó la lechuza—. La verdad es que esto estaba siendo demasiado aburrido. ¡Espero que nos metamos en muchos líos!

Jan la miró horrorizado.

¿Muchos líos?

¡Bastante tenía ya él con el que acababa de provocar por su temeridad!

Siguieron caminando.



CAPÍTULO 3

De cómo en mitad de un mundo de lo más extraño apareció Zacarías, el vampiro. Un vampiro extraño porque
no tenía dientes.

Caminó doscientos o trescientos pasos. Como el tiempo no se movía, Jan no tenía ni idea de lo que tardó en llegar al primer punto señalizado por el poste: el cementerio.

¿Nada menos que un cementerio... en mitad de ninguna parte?

No tenía mucho sentido.

—¿Qué hace un cementerio en este lugar? —le preguntó a Serena.

—Pues... no estoy muy segura —dijo la lechuza—. Pero en todas partes la gente se muere, ¿no? Incluso aquí.

El cementerio era como todos los cementerios. Tenía un muro bajo, de piedra, y cipreses que, en este caso, estaban tan secos como los demás árboles, así que su aspecto aún era más triste. Las tumbas estaban repartidas por el suelo, alineadas. Cada una tenía una pequeña lápida en la cabecera. Lo curioso era lo que estaba escrito en ellas. Un número y un nombre. «729 Doc», «97 Mirlo», «1253 Abus»...

—¿Habías venido alguna vez por aquí, Serena?

—¡Oh, sí, muchas! Es un lugar muy tranquilo.

Jan pensó que toda la Zona Oscura era tranquila, no sólo el cementerio, no se oía nada. Ni siquiera hacía un poco de viento.

—Vamos a rodearlo —propuso el chico.

—No, no, lo mejor siempre es la línea recta —dijo Serena.

—Pero...

—Vamos, no seas cobardica. ¿Te dan miedo los muertos?

—No —se hizo el valiente.

Pero sí, se lo daban.

Y más cuando a los pocos pasos, ya dentro del cementerio, Mayestática se puso a vibrar. Jan, que se la había colocado en el cinturón, la agarró con la mano.

—¿Por qué vibra? —preguntó la lechuza.

—No lo sé, pero no me gusta nada. Vamos, hay que darse prisa.

No sólo fue la vibración. La puntita de Mayestática se iluminó levemente, como si fuera una tea a punto de arder.

Jan la volvió a meter bajo el cinturón, para tener las manos libres, y apretó el paso.

Ni siquiera se dio cuenta de que la puntita de la varita mágica seguía encendida y... como si fuera una linterna, dejaba un rastro por encima de algunas tumbas.

Nada más cruzar el cementerio, Jan se detuvo un poco jadeante. Volvió la vista atrás. Todo estaba en calma.

¿O no?



¿Parecía que por entre la negrura se movía algo?

Ya no pudo más: echó a correr.

La lechuza tuvo que sujetarse con fuerza en su hombro. Sus enormes ojos, siempre abiertos, le observaron más y más curiosos.

—Eres un chico raro —dijo.

—Y tú una lechuza que habla y no me cuenta gran cosa de este lugar. Estamos empatados —gruñó Jan—. ¿Qué hemos de encontrarnos ahora?

—El manantial.

—Bien, porque tengo mucha sed.

—Me temo que no es de esa clase de manantial —repuso el pájaro.

—¿Ah, no?

—No. ¡Cuidado!

Demasiado tarde.

Jan tropezó con una raíz surgida inesperadamente a ras de suelo y cayó de bruces. Serena no tuvo más remedio que alzar el vuelo.

Quedó suspendida en el aire antes de volver a él.

—¡Esta raíz ha salido sin más! —Jan examinó sus maltrechas rodillas.

—Al estar cerca del manantial, la vida crece más rápido de lo normal. —Se hinchó como un pavo y agregó—: ¡Vaya, he hecho un pareado!

Jan no estaba para versos. Se levantó y siguió andando, pero ahora fijándose en donde pisaba, porque, en efecto, de pronto por todas partes surgían raíces a ras de tierra, aunque no por ello los árboles crecían más o se llenaban de hojas. El paisaje seguía siendo lamentable.

No le había preguntado a Serena porque el manantial no era de la clase que esperaba. No tuvo tiempo de hacerlo.

Primero, el resplandor.

Después, el fragor.

Y finalmente... la cascada, el lago y el río.

Una cascada de lava, un lago de llamas y un río de fuego.

—¡Pero cómo pueden crecer los árboles si esto está que arde!

—El fuego calienta el subsuelo y se ve que ahí abajo hay minerales y esas cosas.

—¿Esas cosas? ¿Cómo sorteamos eso? —exclamó Jan abatido.

—Tira por ahí —le señaló Serena con un ala.

La obedeció. Empezaba a darse cuenta de que la Zona Oscura era tan imprevisible como peligrosa. Ni siquiera sabía por qué caminaba en esa dirección. ¿Por lo de la Ciudad Perdida? ¿Porque ciudad significaba civilización?

No lo tenía muy claro.

¿A dónde diablos había ido a parar?

Mayestática ya no tenía la punta iluminada.

¿Y si probaba con otro conjuro?

¿Y si era peor?

Bueno, tarde o temprano tendría que hacerlo si quería salir de allí.

Rodearon la cascada por arriba. El fuego salía de entre las rocas, así que no hubo problema en dejarla atrás. Lo extraño es que no producía humo.

Jan se dio cuenta entonces de que no hacía calor.

—Este fuego es raro, ¿no?

—Es que no quema. Es frío.

—¿Un fuego... frío? —alucinó.

—Jan, aquí todo va al revés. O eso me parece —parpadeó como si no estuviera muy segura—. Por eso estoy contenta de tenerte aquí.

—Tú estarás contenta, pero lo que es yo...

Se imaginó a su padre buscándole.

¿Conocería el Gran Mago la existencia de la Zona Oscura?

¿Y si era un lugar remoto del que nadie hubiera oído hablar jamás?

Inesperadamente, Jan escuchó un pequeño chasquido por detrás, como si alguien hubiera pisado una rama seca.

Nada.

No vio nada.

—¿Has oído eso?

—¿Oír qué? —Lo miró la lechuza.

—Ese ruido.

—No, no he oído nada. Estoy un poco sorda.

—¡Venga ya! Pues juraría que por ahí detrás hay algo... o alguien.

—No soy el único bicho viviente, ¿sabes?

Jan aceleró el paso.

Llegaron a lo alto de lo que parecía ser una pequeña loma, y entonces sí, un poco más abajo, vieron a alguien.

Una figura humana, sentada frente a una pequeña fogata.

—¡Mira! —gritó feliz Jan.

—Yo de ti no me fiaría...

No le hizo caso. El chico ya corría loma abajo. Entre una lechuza un poco rara y un ser humano, prefería al ser humano.

La idea de que fuese un monstruo o un asesino se le apareció cuando ya era demasiado tarde.

—¡Eh!

El hombre volvió la cabeza.

Sonrió.

—¡Hola! —exclamó feliz.

Jan se detuvo delante de él. De entrada, era también muy raro. Raro tirando a estrafalario. Vestía de negro, llevaba una capa, el cabello engominado y peinado hacia atrás, tenía las cejas muy

espesas, los ojos hundidos y oscuros. Pero sonreía. Y cuando lo hizo más, Jan se dio cuenta de que no tenía dientes.

—¿Como eztaz? —dijo el hombre—. Yo me llamo Zacaríaz y soy un fampiro. ¿Tú erez un niño lobo o algo azí?



CAPÍTULO 4

De cómo Zacarías se les unió y, entre susto y susto, porque alguien les estaba siguiendo, llegaron al laberinto de la Zona Oscura.

Jan no supo qué decir.

Se quedó...

¿Un vampiro?

¿Y sin dientes?

—Pues... no, no soy un niño lobo —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Oh —Zacarías pareció decepcionado.

—¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó Jan.

—No eztoy muy zeguro —respondió el vampiro sin dientes.

—¿Cómo que no estás muy seguro?

—Yo eztaba en otra parte. No ze muy bien donde. Iba a morder a una guapa donzella y de pronto...

—¡Has cerrado los ojos y te has visto aquí sin más!

—No —dijo muy serio—. No ha zido ezo.

—¿Y qué ha sido?

—Puez ha aparezido al padre de la donzella, me ha dado un guantazo que me ha arrancado los dientez de cuajo y al dezpertar... Entonzes zi, estaba en ezte eztraño lugar.

—¿Tú entiendes algo? —Jan se dirigió a Serena.

—No —dijo la lechuza.

—¡Ahí va, un pájaro que habla! —se sorprendió Zacarías.

—No es tan raro como ver a un vampiro desdentado —se pico Serena.

Zacarías bajó la cabeza.

Estaba triste.

—Zi no encuentro miz dientez me moriré de hambre—suspiró.

Jan se sentó a su lado.

—Yo he de volver a casa —dijo—. Quizá podríamos ayudarnos el uno al otro.

—¿Tú creez?

—Desde luego quedándonos aquí sin hacer nada no lo solucionaremos.

—¿A dónde ibaz?

—A la Ciudad Perdida. Si hay gente...

—¿Hay una ziudad?

—Sí.

—Pero zi está perdida...

—¡La encontraremos! —exclamó Jan ante tan poca positividad.

—¿Zeguro que no erez un niño lobo?

—Se dice licántropo.

—Vale. ¿Zeguro que no erez un licántropo?

—Segurísimo.

—Me habría hecho iluzión conocer a uno.

Parecía el vampiro más inofensivo y panoli del mundo.

Y encima, tal y como hablaba...

—¿Así que vamos a seguir los tres? —se enfurruñó Serena.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo Jan.

—Nada, nada, pero a mí esas criaturas raras me dan muy mala espina, ¿sabes?

—Tú y yo también somos raros.

La lechuza giró la cabeza 180º.

Echaron a andar.

A los pocos pasos, Zacarías reparó en Mayestática.

—¿Y ezo?

—Es una varita mágica —dijo Jan.

El vampiro se animó.

—¿De ezaz que dizez algo en latín y... ¡bum!, ze cumple?

—Más o me...

No tuvo tiempo de terminar la frase.

—¡Dentum recuperatum! —gritó Zacarías agarrándola por la empuñadura sin que Jan pudiera evitarlo.

Se la quitó justo antes de que empezaran a llover... dientes.

—¿Te crees que es un juguete? —la recuperó Jan mientras se protegía la cabeza.

—Te dije que traería problemas — advirtió Serena.

—¡Qué pazada! —gritó el vampiro—. ¡Llueven dientez!

—¡Y hacen daño! —Echó a correr Jan buscando un lugar donde protegerse.

La lluvia apenas si duró un suspiro. El suelo quedó momentáneamente cubierto de dientes. Luego, uno a uno, desaparecieron en la tierra.

—Sólo faltaría que el suelo estuviese vivo —frunció el ceño Jan.

—Estoy vivo —dijo una voz de ultratumba que parecía surgir de todos lados—. Pero no me gusta comer animales. Luego no sé qué hacer con los huesos, y me hacen cosquillas cada vez que toso o estornudo.

Jan dio un brinco tan alto que casi quedó colgado de la rama de un árbol. Serena no tuvo más remedio que revolotear a su alrededor hasta que el chico se calmó.

Decididamente, la Zona Oscura era el lugar más extraordinario del mundo.

Y como siguiera prisionero de ella...

En el inesperado silencio, volvieron a escuchar un crujido a sus espaldas.

Esta vez volvieron la cabeza los tres.

—¿Quién... anda ahí? —tembló Jan.

Cobardemente, Zacarías se pudo detrás de él.

No hubo respuesta.

Y seguía sin verse nada.

—Como zean maloz ezpirituz me da algo —dijo el vampiro.

—¿Pero tú no eres un ser que da miedo? —protestó Serena.

—Lo zobrenatural me ezpanta. — Bajó la cabeza Zacarías—. Lo mío ez morder. — Se puso en plan romántico—. ¡Ah, zi hubiera acabado de morder a mi donzella...!

—¿Estabas enamorado de ella? — preguntó Jan.

—¡Uy, zi! —Se le llenaron los ojos de amor.

—¿Y ella estaba dispuesta a ser vampira eternamente a tu lado?

—No lo zé. No ze lo pregunté.

—Pues eso no está bien —se lo recriminó Jan.

—Ez que cuando muerdo a una, caen rendidaz a mis piez.

—¿Y has mordido a muchas?

—Tengo maz de mil añoz azi que...

—Míralos —gruñó Serena—. Aquí los colegas hablando como si tal cosa, tan amigos. Total... Vamos de excursión, ¿no?

—Pero si tú ya vivías aquí —se enfadó el chico.

—¡Y vivo aquí, sí, pero sin muchas emociones que digamos! ¿O crees que no me gustaría salir y ver otras cosas?

—Vale, vale, calma. —Jan miró de nuevo a su espalda, por el lugar donde habían oído el ruido—. Sigamos juntos a ver qué pasa y a dónde llegamos, ¿de acuerdo?

—Me guzta la gente pozitiva —dijo Zacarías.

—¡Me guzta la gente pozitiva! ¡Me guzta la gente pozitiva! —murmuró Serena en voz baja, aunque al hacerlo junto al oído de Jan este la escuchó perfectamente.

—¡Cállate o no te dejo estar en mi hombro! —se lo reprochó el chico con voz igual de baja.

Apretaron el paso.

Cada vez estaba más claro que alguien les seguía. Alguien que esperaba el momento oportuno para atacarles o que quizá tenía más miedo que ellos y mantenía las distancias.

Estaban llegando al...

—¡El laberinto! —Agitó las alas Serena.

Primero vieron una especie de muro. Luego una entrada casi oculta por la vegetación, porque allí, al contrario que en resto de aquel desolado paisaje, había una exuberante vegetación, enredaderas, matorrales, flores... De colores, nada. Todo era igualmente gris, o verde muy, muy oscuro. Pero al menos algo era algo.

El muro se extendía a ambos lados, perdiéndose más allá de su vista. Imposible rodearlo.

—¿Hemos de... entrar? —vaciló Jan.

—Me temo que sí —dijo Serena.

—¿Alguna vez te has metido ahí dentro?

—¿Yo? ¡No! ¡Ni que estuviera loca!

—¿Y ahora?

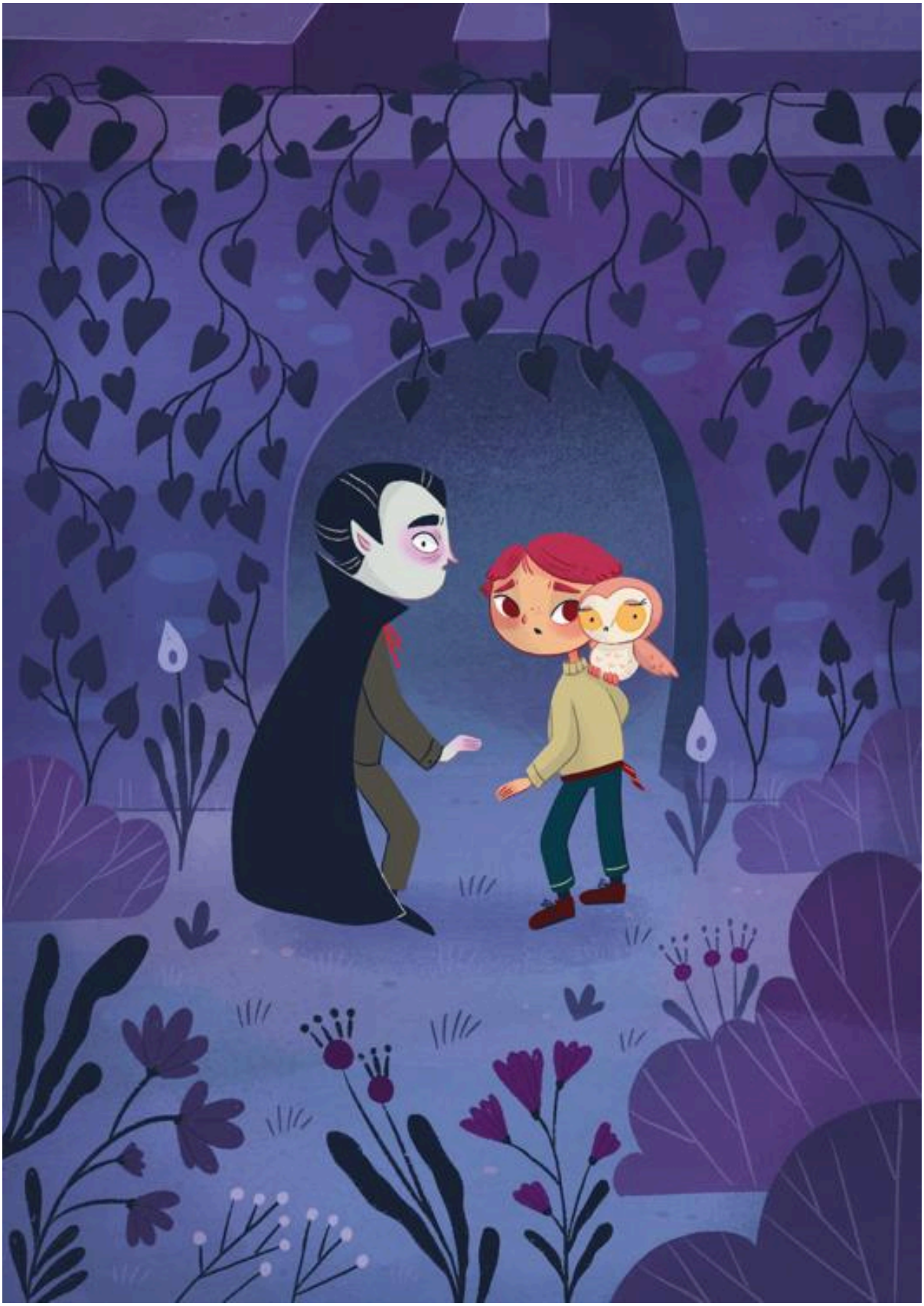
—Ahora somos tres, es diferente.

Zacarías no parecía nada convencido.

Había que dar el primer paso.

Fue al escuchar, de nuevo, el sordo rumor a su espalda, y ver una forma gris, deforme y espantosa, surgir de la oscuridad, cuando se precipitaron de cabeza hacia la entrada del laberinto gritando de miedo.

¡Aaah...!





CAPÍTULO 5

De cómo se internaron por el laberinto, perdiéndose irremisiblemente, hasta que uno de los tres arregló
las cosas por lógica.

No dejaron de correr hasta haberse internado un buen trecho por el laberinto.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de que ni siquiera habían seguido una ruta coherente, por si acaso, para ver por dónde iban y, en caso de perderse, regresar al punto de partida.

—¿Qué ha zido ezo? —jadeó el vampiro.

—¡Un monstruo, era un monstruo! — agitó las alas Serena.

—¡Yo iba a preguntarle algo, pero como no me habéis dejado y habéis echado a correr...! —protestó Jan.

—¡Pero si has sido el primero en largarte! —se enfadó la lechuza.

—¡No es verdad!

—¡Sí es verdad!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—Vete de mi hombro, va. —Quiso apartarla Jan. Serena se aferró aún más fuerte.

—Vale, vale, me callo —dijo mirándole con sus enormes ojos abiertos.

—¿Por qué ponez ziempre la mizma cara de enfadada? —preguntó Zacarías.

—¡Yo no pongo siempre la misma cara, y menos de enfadada! —gritó ella—. ¡Soy una lechuza! ¡Todas tenemos esta cara!

—Y si dejamos de pelearnos y vemos donde estamos —se

desesperó Jan.

—¿No eztabamoz en el laberinto?

—¡Sí, pero ahora hay que salir de él!

—Y tener cuidado con el monztruo que noz zigue —les recordó.

Eso hizo que aceleraran el paso, internándose por el laberinto.

No habían caminado ni cien metros, dando, eso sí, dos giros a derecha e izquierda, cuando se encontraron con un esqueleto.

Parecía sonreírles.

Se lo quedaron mirando con aprensión.

—¿Creéis que... se perdió tratando de salir? —balbuceó Jan.

Tenía toda la pinta, sí.

Y eso que justo acababan de entrar.

—Quizá... venía del otro lado —quiso ser positiva Serena.

Tanto daba. Era un fiambre.

—Zi zuz dientez me encajaran... — estudió de cerca la calavera Zacarías.

—¡Puaj, qué asco! —exclamaron al unísono Jan y la lechuza.

—Zolo era una zugerenzia. —Se puso triste el vampiro—. No zé qué ez peor, si no poder chupar zangre o hablar azi de ezta forma, que parezco tonto.

No le contestaron.

No valía la pena.

—Vamos a seguir —apretó los puños Jan.

Echaron a andar, capitaneados por él mismo, y se adentraron en el laberinto. Esta vez, en las esquinas iban dejando marcas con una piedra o rompiendo una rama si el follaje no permitía ver el muro. De esta forma, si repetían, tomaban el camino opuesto.

Y repitieron una vez.

Y otra.

Y otra más.

El tiempo no transcurría, siempre estaba todo en penumbra, no sabían si era de día o de noche, pero cansarse, se cansaron.

Bueno, Serena no, claro.

Tuvieron que detenerse un rato.

Y nada más sentarse volvieron a escuchar aquel roce cercano.

—¿Nos está... siguiendo? —no pudo creerlo Jan.

—¿Y zi ez un monztruo amigo? —fue positivo Zacarías.

—¿Desde cuando un monstruo es amigo? —rezongó Serena—. Si es un monstruo, es un monstruo.

—Bueno puez, ¿y zi ez un amigo?

—¿Pero tú viste la pinta que tenía? ¡Si parecía haber estado bajo tierra un montón de años!

Jan tuvo un estremecimiento.

¿Bajo tierra?

Recordó el cementerio, la forma en que Mayestática se había iluminado súbitamente, como si la puntita fuera un ascua.

Se olvidó del cementerio.

La varita...

—¿Y si pruebo...? —Jan la levantó con la mano haciendo un gesto de determinación.

Serena y Zacarías lo miraron con aprensión.

Aunque peor de lo que estaban...

—Prueba —suspiró la lechuza.

—Quien zabe. A lo mejor...

Jan lo probó hablando normalmente.

—¡Queremos salir de este laberinto!

Nada.

Estaba claro que Mayestática solo sabía latín.

—¿Cómo se dirá eso en latín? — masculló Jan.

—Di una palabra, la que sea —le animó Serena.

Jan agitó la varita en el aire y dijo:

—¡No laberintum!

Al instante, el laberinto se volvió rojo. Suelo, muros, plantas...

—¡Volatus... ejem... cielus! —ordenó.

Fue peor.

Se puso a llover.

Y esta vez era agua.

Mucha agua.

—¡No volatus cielus!

Paró de llover.

—Azi no haremoz nada —dijo Zacarías—. ¡Y zolo me faltaba que todo se puziera rojo, que ez el color de la zangre!

Ahora, con la capa mojada, parecía un muñeco animado.

Volvieron a caminar.

Afortunadamente, el rojo desapareció y todo volvió a ser como antes.

Durante los mil o dos mil pasos siguientes, no los contaron, tuvieron tiempo de secarse y dar otras muchas vueltas por el laberinto. A veces pasaban por el mismo lugar dos y hasta tres veces. Por lo menos no volvieron a encontrarse ningún otro fiambre.

—¿Y si es uno de esos lugares con vida propia que cambian de forma a su antojo, moviendo los muros y modificando los caminos? —dijo Serena, que parecía haber leído muchos libros de magia.

—No zaldremoz de aquí —se desesperó el vampiro—. ¡Zi pudiéramoz folar...!

Acababa de decirlo cuando tanto él como Jan miraron a Serena.

—¡Seremos burros! —lamentó el chico—. ¡Tú puedes volar! ¡Desde el aire verás el camino y nos guiarás!

La lechuza dirigió una asustada mirada al cielo.

—¿Queréis que vuele... por ahí arriba?

—¡Sí! —gritaron Jan y Zacarías.

—Está muy oscuro, ¿no? —Se hizo la retraída.

—¡No tenemos otra salida! —insistió el chico—. ¿Quieres ser la primera lechuza cadáver de este laberinto?

Iba a darle un manotazo, para que se apartara de su hombro, pero no hizo falta. Ella misma, temiéndose lo peor, desplegó las alas.

Tampoco es que se elevara demasiado.

—¡Desde aquí se ve muy bien, sí! —dijo.

—¡Pues adelante! —gritó Jan.

—Ezte pájaro tuyo... —musitó en voz baja el vampiro.

Jan iba a decirle que no era de él, pero prefirió callar. A fin de cuentas, Serena podía irse y dejarles allí, perdidos a su suerte y con el monstruo que les seguía siempre cerca.

—¡Venga, todo recto y luego a la izquierda! —empezó a orientarles.

Durante los siguientes pasos, ya sólo se escuchó la voz de Serena dando instrucciones. Llegaron al centro del laberinto, presidido por una pequeña glorieta con una campana. Zacarías estuvo a punto de

tocarla antes de que Jan se lo impidiera. La segunda parte del viaje por aquel lugar infernal fue mucho más breve.

—¡La puerta! —les anunció la lechuza.

Quemaron sus últimas fuerzas y cuando cruzaron aquella última barrera se dejaron caer el suelo, exhaustos. También lo hizo Serena, agotada de tanto batir las alas.

Ninguno abrió la boca en un buen rato.

Y hubieran seguido allí un poco más, de no ser porque, de nuevo, el roce del monstruo aproximándose les alertó.

—¿Y ese por qué no se pierde? — protestó Jan.

De vuelta a la carrera.

Aunque no tenían ni idea de que dirección seguir y aquella parte de la Zona Oscura estaba exactamente igual que la anterior, al otro lado del laberinto.



CAPÍTULO 6

De cómo Jan se puso a hablar con la tierra
y sucedió lo imprevisto antes de llegar a la parte más difícil de su camino.

Según el poste indicador, antes de la Ciudad Perdida había que pasar por la Casa de la Bruja. Eso tanto podía ser un dato real, es decir, que hubiera una casa y en ella viviera una bruja, o que se tratara de un lugar con ese nombre, lo mismo que podría haberse bautizado como Valle de las Serpientes o Garganta del Diablo.

Se lo preguntó a Serena.

—¿Lo de la Casa de la Bruja...?

—Ni idea. Nunca he llegado tan lejos.

—¿Y tú qué hacías donde te he encontrado? ¿Qué comías? ¿Cómo...?

La lechuza lo miró con sus enormes ojos, tan impasible como siempre.

—Ahora que lo pienso... Creo que ya estaba allí, aunque no recuerdo por qué, ni...

—Ezto ez muy mizteriozo —comentó Zacarías.

Jan se agachó un momento. Dejó caer un puñado de tierra entre los dedos.

La tierra antes había hablado, ¿no?

—Tierra —dijo.

—¿Sí? —reapareció aquella voz que surgía de todos lados.

—¿Tú puedes decirnos dónde estamos y que es todo esto?

—No.

—¿Cómo que no?

—Yo ya estaba aquí desde el principio. Todo lo demás llegó después. Y lo que sucede encima de mí me da igual, ¿entiendes? Yo solo me preocupo de lo que me concierne, que es lo que está debajo

de la superficie.

—¿Entonces no sabes porque el tiempo no corre?

—No sé que es el tiempo, y no entiendo tu pregunta.

—¿Qué es la Casa de la Bruja?

—Una casa.

—¿Y en ella vive... una bruja?

—Vive una mujer, si es bruja o no...

—¿Y la Ciudad Perdida?

—Es eso mismo, una ciudad.

—¿Por qué la llaman perdida?

—No tengo ni idea.

—No eres de mucha ayuda, ¿sabes?

—¿Te parece poca ayuda que esté hablando contigo? No tendría que hacerlo. Si todo el mundo se pusiera a hablarme... ¡Qué tortura! Pero eso que has hecho de que llovieran dientes ha tenido su gracia. ¿Puedes hacer que lluevan cerdos? Me encantan los cerdos.

—Mejor no uso la varita. —Jan se incorporó—. ¿Falta mucho para llegar a la Casa de la Bruja?

—Un trecho —dijo la tierra.

Allí nadie daba respuestas prácticas.

Encima la tierra le proponía que hiciera llover... ¿cerdos?

Jan siguió caminando, sin dejar de pensar. Iba con una lechuza que salvo decirle que estaba en la Zona Oscura no recordaba nada más. Y con un vampiro que después de un guantazo se había despertado allí, lo mismo que él jugando con Mayestática. ¿Cuál era el denominador común de todo eso?

En apariencia ninguno.

O sí.

Que los tres eran personajes ajenos al mundo por el que transitaban.

No se oía nada a su espalda, pero estaban seguros de que aquello, fuera lo que fuera, les seguía.

De pronto, llegaron a lo que parecía ser lo alto de una colina coronada por un árbol enorme, aunque tan seco como los demás. Más allá, la tierra dejaba de ser oscura para volverse amarillenta o casi blanca.

—Esto parece... un desierto —graznó Serena.

Se quedaron mirando aquella extensión de tierra con el ánimo muy encogido.

Jan levantó la varita mágica.

Zacarías y Serena contuvieron la respiración.

El chico vaciló.

¿Y si la liaba todavía más?

—Tierra —dijo de pronto.

—¿Quéee?

—¿Tienes agua?

—Claro. Estoy llena de pozos, aunque son profundos.

—¿Puedes darme un poco?

Primero fue como si la tierra se lo pensara.

Después, pareció que se movía,

Finalmente, sí, se movió.

—¡Un terremoto! —Zacarías se agarró al árbol.

Pero no, no era un terremoto. Ante sus ojos se formó un pequeño laguito de agua dulce, pura y cristalina.

No solo emergió el lago, sino una bolsa vacía donde guardar un poco para la travesía.

—Si supieras la de bolsas de plástico que me echan —gruñó la tierra.

Jan no le preguntó quién le echaba bolsas de plástico, porque allí no había nadie ni parecía que lo hubiera habido o fuera a haberlo. Pero mejor callar.

Bebieron agua, los tres. Incluso Zacarías.

Luego llenó la bolsa y se la colgó del cinto.

—Gracias —dijo.

La tierra ya no habló.

Era el momento de emprender la travesía del desierto.

—¿Cómo nos orientaremos? —Se sintió desfallecer el chico—. No hay caminos, ni estrellas en el cielo...

—¿No querréis que vuele otra vez? —se alarmó Serena.

Era diferente al laberinto

Así que echaron a andar.

Quizá en el fondo todos los caminos llevasen al mismo sitio.

—Ezpero que el que noz zigue ya no paze de aquí —manifestó el vampiro.

Lo peor de caminar por el desierto era que los pies se hundían en la arena mucho más de lo que lo habían hecho antes en la tierra de la Zona Oscura. Por lo demás, no ver nada, ni cielo ni otra cosa que penumbra rodeándoles, era un poco angustioso. Parecían moverse dentro de una cápsula.

El tiempo no transcurría, pero bastantes miles de pasos después...

—Eztoy canzado —dijo Zacarías.

—Yo también —le apoyó Serena.

—¿Tú? —protestó Jan.

—Tengo los ojos agotados de mirar y mirar sin ver nada. Y como los tengo tan grandes... Es agotador.

—Vale, descansemos un poco —dijo mirando por donde habían venido.

No se veía nada.

—¿Y si damos vueltas en círculos y nos encontramos al monstruo? —Se puso pesimista la lechuza.

Jan ya no dijo nada. Se sentó en el suelo y acarició a Mayestática. Parecía mentira que tuviera tanto poder... y que él no supiera manejarlo.

Bastaba un simple conjuro y saldría de allí.

Pero ¿cuál?

Zacarías se echó al suelo boca arriba. Serena cerró los ojos. Jan se mordía los labios para no intentarlo de nuevo con la varita.

Ninguno de los tres se apercibió de la inesperada presencia del extraño.

Ninguno, hasta que oyeron su voz.

—¡Hooola! ¡Vaya, creía que no os alcanzaría nunca!



CAPÍTULO 7

De cómo Jan conoció la historia de Amadeo, el muerto viviente que no tenía que estar muerto
y mucho menos vivo después de muerto.

Los tres gritos fueron tremendos.

Pero tremendos.

Sí, de acuerdo, el aparecido sonreía. Sí, de acuerdo, tenía toda la pinta de ser una buena persona. Sí, de acuerdo, no parecía para nada peligroso y su «¡Hooola!» había sido largo y emotivo.

Pero es que vestía harapos, se movía igual que un muñeco articulado y tenía una cara...

¡Qué cara!

Piel y huesos, ojos hundidos, y tenía todos los dientes que le faltaban a Zacarías muy salidos.

—¡Un muerto! —exclamó Zacarías.

El presunto zombi ladeó la cabeza.

—Mira quien habla —dijo—. Tú tienes toda la pinta de ser un vampiro.

—Pero ¿de dónde sales? —preguntó Jan calmándose al ver que no pasaba nada malo.

—No estoy muy seguro. —El nuevo se rascó la cabeza con sus largas uñas—. Yo estaba tan tranquilo, bajo tierra, durmiendo el sueño eterno cuando, de pronto, no sé, he sentido un cosquilleo por todo el cuerpo y la necesidad de estirar las piernas, y los brazos, y...Total, que lo he hecho, y luego he sacado la cabeza a ras de suelo. He visto como os alejabais.

—Y nos has seguido.

—Antes he tenido que discutir con los otros.

—¿Los... otros? —se alarmó Jan.

—No sé qué ha pasado —dijo el muerto viviente—. Pero había una fila de tumbas de las que salían otros como yo.

Jan se estremeció.

La punta iluminada de Mayestática había dejado un rastro de vida por encima de la tierra.

—Verás —intentó explicarlo—. Creo que esto ha sido... un accidente.

—Pues menos mal —suspiró el nuevo—, porque yo no tendría que haber muerto. Fue un error. Me alegra volver a estar vivo.

Le miraron atentamente.

¿Se alegraba?

Parecía una piltrafa.

—Eres un zombi —dijo Jan.

—Sí, supongo que ahora sí —reconoció él.

—¿Como te llamas? —preguntó Zacarías.

—Amadeo.

—Yo soy Jan, y estos, Zacarías y Serena.

—¿Puedo preguntarte algo? —se inquietó la lechuza.

—¿Hablas?

—¡Sí, hablo, que manía con eso! —se enfadó antes de hacer la pregunta sin más—. ¿Los zombis no coméis carne humana y carecéis de cerebro?

—Muchas películas has visto tú. — Sonrió de manera escalofriante Amadeo—. Te puedo asegurar que ahora mismo no tengo nada de hambre y que mi cerebro funciona perfectamente.

—¿Donde eztán loz demáz? —quiso saber el vampiro.

Amadeo volvió a sonreír.

—¿Por qué hablas así?

—Ez que no tengo dientez, ¿vez?

—¡Un vampiro sin dientes!

—Y tú un zombi zin hambre, no te digo —quiso dejarlo claro Zacarías—. Contezta, ¿donde eztán loz demáz?

—Se han quedado en el cementerio, discutiendo y haciendo una asamblea. Que si ya estamos bien aquí, que si para que irnos, que si

a ver qué encontramos, que si luego nos matan otra vez...

—Pero tú nos has seguido.

—No ha sido fácil. Ese laberinto... se las traía. Ya os he dicho que estoy muerto por error y he pensado que si me quedaba allí, seguiría muerto, mientras que si vosotros me habíais devuelto a la vida, tendría una oportunidad.

—Lo de devolverte a la vida sí que ha sido un error. Lo siento —reconoció Jan.

—¡No, no lo sientas! ¿Por qué? ¿Cómo lo has hecho?

—Ha sido ella —señaló a Mayestática—. Es una varita mágica, pero no tengo mucho control sobre su poder. Ni siquiera sé que hago aquí, y ellos —señaló a Serena y Zacarías—, tampoco. Este es un mundo extraño.

—Yo siempre he creído en el destino —se puso filosófico Amadeo —. Todo está conectado. Vuelvo a estar vivo por algo, lo sé.

Le miraron con aprensión. Tenía un aspecto horrible. Los zombis de las películas era caricaturas a su lado.

—Erez un optimizta —dijo Zacarías.

—No —se lo rebatió—. Estoy seguro de que tú, en el fondo, estás buscando tus dientes para volver a ser normal.

El vampiro se puso rojo.

—¿A qué te dedicabas cuando estabas vivo? —preguntó Jan.

—Era maestro. Enseñaba literatura, filosofía...

—¿Por qué has dicho que estás muerto... por error?

—Porque es así —asintió Amadeo—. Ya sé que parece un imposible. Pero no lo es. La Muerte fue muy cruel conmigo. Y digo la Muerte, ella, en persona. No hablo en plan genérico.

—¿La... Muerte? —abrió los ojos Jan.

—Sí —se puso serio—. Cuando apareció ante mí...

—¿Es... como dicen?

—Peor. Ríete de eso de la calavera, la capa, la guadaña... Eso es pura literatura. No tengo ni palabras para describirla.

—¿Y por qué se te apareció?

—Es una larga historia.

—Cuenta, cuenta, a mi me guztan las hiztoriaz —se animó Zacarías.

—Pues... —el zombi tomó aire—. Yo iba un día tan tranquilo por una playa desértica a la que acostumbro... acostumbraba a ir al atardecer, para pensar en mis cosas, cuando de pronto vi que un hombre se estaba ahogando. Sin pensármelo dos veces me eché al mar, llegué hasta él y lo rescaté, pero ya medio muerto porque había tragado mucha agua. Cuando llegamos a la playa su corazón emitió dos o tres latidos más, desajustados, y se paró. Yo me quedé impresionado y no se me ocurrió hacer otra cosa que lo que había visto tantas veces en las películas: golpearle el pecho, para tratar de reanimarlo. Y en esta estaba cuando a mi lado surgió una figura inesperada.

—¡La Muerte! —Erizó las plumas de sus alas Serena.

—Ella misma —asintió Amadeo—. Me quedé...

—¿Venía a por el ahogado? —preguntó Jan.

—Sí, claro. Pero entonces... No sé, me dio rabia. ¡Yo lo había salvado! ¿Acaso no merecía una oportunidad? Lejos de espantarme su horror, le dije a la Muerte que era injusto. Y lleno de furia le di un último golpe al ahogado.

—¿Y qué pazó? —lo apremió el vampiro al ver que se detenía.



—¡Pues que el hombre, de pronto, lanzó un grito, abrió los ojos, expulsó el agua que aún tenía en los pulmones y se incorporó quedando sentado!

—¡Sopla! —suspiró Jan.

—Sí, aquel último golpe le devolvió la vida, inexplicablemente. Y cuando vio a la Muerte a su lado... Bueno, podéis imaginarlo: se levantó de un salto y echó a correr despavorido.

—¡No! ¿Sin darte las gracias? —se horrorizó Serena.

—Eso fue lo de menos. —Amadeo se sumió en su tristeza—. Cuando miré a la Muerte a la cara, sin saber qué decir, la vi muy enfadada. Me dijo que ella tenía mucho trabajo, y que no estaba para perder el tiempo. Me dijo que había ido a por un muerto... y que se iba a marchar con un muerto.

—¿Tú? —lo comprendió Jan.

—Sí, yo —el zombi se encogió de hombros—. Por eso os he dicho que lo mío fue un error. ¡Yo no tenía que haber sufrido las consecuencias de mi buena acción! ¡Fue injusto! En un abrir y cerrar de ojos me vi en un ataúd y luego enterrado para siempre. ¡Toma ya! ¡Y no sabéis lo incómodo que es eso, con los gusanos campando a sus anchas, haciéndote cosquillas... ¡Puaj!

Incluso Zacarías puso cara de asco.

—¿Y ahora? —vaciló Jan.

—Si has logrado que vuelva a la vida, quizá puedas también reparar el error, y devolverme a mi estado natural antes de que la Muerte se me llevara —dijo Amadeo como si tal cosa.

Jan se quedó sin sangre en las venas.

—Amadeo, me temo que lo que pides es... superior a mis fuerzas —musitó Jan—. De hecho, estás vivo por culpa de Mayestática. O gracias a ella.

El zombi miró a la varita mágica.

—Seguro que podría —dijo.

—Zeguro —se sumó Zacarías—. ¿Pero quién domina eze poder?

Jan pensó en su padre, el Gran Mago.

¡Bueno estaría como para ir pidiéndole favores!

Eso sin contar que no tenía ni idea de cómo regresar a su mundo.

—De momento, vamos a seguir juntos, a ver qué pasa —propuso el

chico.

Se miraron entre sí.

—De acuerdo —dijo Serena—. ¡Sigamos! ¡Yo ya he descansado bastante!

—¡Qué morro tienes! —La endilgó Jan—. ¡Si vas todo el rato en mi hombro!

—¡Pero he de mantener el equilibrio! —insistió la lechuza.

Echaron a andar.

Zacarías se puso al lado de Amadeo.

—No zabez la iluzión que me haze poder hablar con un intelectual —se pavoneó—. Yo ez que zolía morder a gente del fulgo, ¿sabes?

—¿Fulgo?

—Sí, fulgo.

—Quiere decir vulgo —gruñó Jan—. No solo es que no pronuncia las eses. Las uves tampoco le salen.

—¡Menudo grupo somos! —movió la cabeza Serena.



CAPÍTULO 8

De cómo el variopinto e insólito grupo formado por Jan, Serena, Zacarías y Amadeo llegó a la siguiente
parada de su increíble camino.

Pensaban que el desierto no se acabaría nunca, que se morirían de sed, que tendrían que volver a llamar a la tierra para que les ayudara...

Y no.

De pronto, se terminó.

Dejaron atrás el desierto y volvieron a caminar por aquel suelo tan extraño que dominaba la Zona Oscura.

Zacarías se había encariñado con Amadeo. No paraban de hablar.

—En miz tiempoz yo leía mucho. No todo era morder. Ze me podía tener por un intelectual, oh, zí. La vida también era máz pauzada.

—Ni me imagino cómo debe de ser eso de vivir tanto.

—Bueno, un poco aburrido zí ez. Al final todoz los cuelloz son igualez. Lo malo ez la calidad de lo que chupaz. Con zuerte a vezes chupaz zangre de primera, pero ez raro. Hoy en día todo eztá muy contaminado. El que no tiene colezterol alto, eztá bajo de azúcar y el que no fuma y la zangre le zabe a perroz ez porque ze droga y acabaz pillado y con zíndrome. ¡Da un azco! —se estremeció.

—Yo hice un estudio acerca de...

—¿Queréis callaros los dos? —protestó Serena—. ¡Me estáis dando dolor de cabeza!

—Mírala, qué prinzeza —se burló el vampiro.

—No la provoques, Zacarías —dijo Jan—. A lo mejor es un dragón disfrazado.

—¡No soy un dragón disfrazado! — quiso dejarlo claro ella—. ¡Ya te

habría chamuscado el pelo, pesado!

Caminaron en silencio un poco más. Ahora, con Amadeo moviéndose estrambóticamente, como todo zombi. La imagen del grupo aún era más extravagante.

Por suerte, allí no había nadie.

Jan le susurró a Mayestática:

—Por favor, haz algo...

La varita mágica seguía apagada y silenciosa.

—Milagrus —le susurró Jan.

Miró a su alrededor, a la espera de que sucediera algo, pero no pasó nada.

—Returnatus a casa... al domus — insistió mezclando palabras.

Lo mismo.

Tuvo ganas de romperla.

Pero entonces su padre le mataba, seguro.

Unos pasos más y entonces...

Los cuatro lo vieron al mismo tiempo.

Sobre todo, porque era blanco y allí destacaba como si fuera un foco de luz.

Con sus ojos brillantes, sus bigotes largos, su larga cola...

Un gato.

—¿Un gato? —rompió el silencio Serena.

—A lo mejor también habla —vaciló Zacarías.

—¿Hablas, gato? —le preguntó Jan.

El animal ladeó la cabeza, cerró y abrió los ojos a cámara lenta y agitó la cola una sola vez.

—No, no habla —dijo Amadeo.

—¿Y qué haze aquí? —siguió vacilando el vampiro.

—Seguro que se une a nosotros — suspiró Jan—. Vamos recogiendo a todos los que nos encontramos.

—¡Ah, no! —protestó la lechuza—. ¡No me gustan los gatos, son traidores, sibilinos, astutos... ¡Y comen pájaros!

Zacarías y Amadeo empezaron a discutir sobre si eran mejores los gatos o los perros.

—¿Por qué no encontramos a un mudo? —gimió Serena.

El gato dio media vuelta.

Caminó unos pasos, volvió la cabeza y reanudó la marcha.

—¿Quiere que... le sigamos? —No estuvo muy seguro Jan.

El gato hizo lo mismo por segunda vez: detenerse, mirarles y echar a andar de nuevo.

Le siguieron.

No fue una larga caminata. Poco a poco la penumbra se hizo menos densa y el horizonte mucho más claro. Incluso vieron algunos brotes de hierba, matorrales verdes y árboles con hojas. Finalmente, el paisaje se volvió casi idílico.

Bucólico.

Hasta que llegaron a un laguito de aguas plácidas y transparentes, con un jardín lleno de flores de colores a un lado y, en el centro, una casita de adobe y paja, como las de los cuentos, con volutas de humo blanco saliendo por la chimenea.

—Esto... no será la Casa de la Bruja, ¿verdad? —se detuvo Jan.

Lo era.

Solo que en lugar de una bruja lo que vieron en el jardín fue a una apacible anciana haciendo calceta y meciéndose en una mecedora.

El gato llegó hasta ella y, de un salto, se le subió en el regazo.

Ella se dio cuenta de su presencia.

Les sonrió.

Si Zacarías no tenía dientes, a la anciana le quedaban tres, dos abajo y uno arriba.

—¡Hola! —los saludó exultante de alegría—. ¡Qué bien tener visitas por aquí!

Las «visitas» se quedaron de piedra.





CAPÍTULO 9

De cómo reaccionaron ante las explicaciones de la anciana y qué hicieron para salvarse cuando la cosa se puso fea, pero fea, fea, fea.

Les costó reaccionar.

¿Aquella era la Casa de la Bruja?

—Buenas... —Jan se dio cuenta de que no sabía si era «buenos días» o «buenas tardes», así que no acabó la frase.

Tampoco se atrevió a preguntar donde estaban.

Zacarías, en cambio, sí lo hizo.

Con toda su cachaza.

—¿Ez ezta la Caza de la Bruja?

—¿Caza?

—Casa. Quiere decir casa —intervino Amadeo—. Es que no tiene dientes.

La anciana se levantó de la mecedora.

—¿Parezco una bruja?

Movieron la cabeza de lado a lado todo. Hasta Serena.

—Algún gracioso se dedicó a cambiar las señales que hay por ahí —lamentó ella—. De bruja nada. Me llamo Maruja.

—Claro, bruja se parece a Maruja — dijo Amadeo.

—Quitaron las dos primeras letras, MA, y pusieron una, la B. Así pasé de ser MAruja a ser Bruja.

—Qué perversos —Jan se quedó con ganas de saber quiénes eran «los perversos», porque por allí, gente, lo que se dice gente, no había mucha.

—Sea como sea, aquí vivo muy tranquila —suspiró la anciana—. El lago me da peces, los árboles del jardín frutas, el huerto hortalizas, tengo el granero, mi granjita con pollitos... ¿Qué más puedo pedir?

—¿Lleva aquí mucho? —inquirió Zacarías.

—Toda la vida —dijo sin aclararles mucho más.

—¿Cuánto falta para Ciudad Perdida? —quiso saber Amadeo.

—No demasiado, pero aquello es un caos —lejos de explicarles por qué, cambió de expresión y dijo—: ¡Oh, pero qué mala anfitriona soy! —los invitó a pasar a su casita—. Vamos, entrad. Sois un grupo bastante atípico... —miró a Zacarías, miró a Amadeo, miró a Serena y miró a Jan antes de agregar—: Qué curioso.

Entraron a la casa.

Todo parecía normal.

Incluso con la enorme olla cociéndose a fuego lento en la chimenea, los estantes con infinidad de botes de colores y recipientes de cristal o los pájaros disecados que colgaban de las paredes.

Serena pegó un respingo.

Encima no había ninguna lechuza.

—¿Qué hacéis por estos andurriales? — preguntó Maruja.

—No estamos seguros —habló Jan.

Ella volvió a mirarles. Resultaba evidente que Amadeo era un zombi y que Zacarías era un vampiro.

—¿No estáis seguros?

—Hemos aparecido sin más.

—Oh, bueno, por supuesto —asintió Maruja—. Sois sobrantes de cuentos, narraciones y novelas.

—¿Cómo ha dicho? —Jan no estuvo muy seguro de haberla entendido bien.

—La Zona Oscura es el limbo de los personajes perdidos.

—Pe-pe-pero nosotros no estamos perdidos —siguió hablando el chico.

Maruja les volvió a mirar a los cuatro.

Ahora con tristeza.

—Sentaos —les pidió.

La obedecieron. Había exactamente cinco sillas. Lo que se cociera en la olla desprendía volutas de un humo espeso y verdoso a la par que soltaba pompas que estallaban haciendo un sordo ¡plof!

—Veréis —comenzó a hablar de nuevo—. En las novelas, en los

cuentos y en los relatos, cuando un personaje deja de contar, porque ya no sale más, simplemente desaparece. Y nadie le echa de menos. No son los protagonistas así que... Los lectores no se preocupan por ellos. Sin embargo, han sido creados por una mente fértil, tienen una entidad aunque salgan poco y sean secundarios. El chico y la chica llegan al final del libro, sí, pero ¿y el resto? ¡Se ha esfumado por entre las páginas! ¿Y a dónde han ido a parar? Pues aquí, a la Zona Oscura, donde pueden seguir existiendo, aunque no sea un paraíso.

—Yo no zoy un perzonaje de novela — aseguró Zacarías.

—Ni yo —dijo Amadeo.

—¿Tú tampoco crees serlo? —Maruja se dirigió a Jan.

—Yo estoy aquí por accidente. Vivía en Fantasy...

—¿Y qué es Fantasy sino un mundo imaginario?

—No es verdad. —Jan sintió un nudo en la garganta.

—Todos los mundos son imaginarios y reales a la vez, querido muchacho —la anciana se puso en plan bondadoso—. El mundo en el que vive uno es el real, y los demás no. Así que hay tantos mundos como queramos. Para eso están los libros.

—¿Y la Zona Oscura está para eso?

—Accidentalmente, pero sí.

—Me niego a creer ezo —se cruzó de brazos Zacarías.

—Tiene su parte de lógica, pero hay premisas que... —se puso a divagar Amadeo.

Se calló al ver que nadie le hacía caso.

Estaban pendientes de la dueña de la casa.

—Antes preguntabais por Ciudad Perdida. —Maruja no pudo evitar que los ojos le brillaban un poco—. Primero fue un pueblito, luego un pueblo, ahora es una ciudad... Todos los personajes sobrantes de las historias están allí. Todos, soñando con volver, preguntándose, como vosotros, que les ha pasado, negándose a creer la verdad, porque se sienten reales, no imaginarios.

—Zeñora, yo creo que uzted eztá aquí muy zola y... bueno...

—Quiere decir que... —intentó ayudarle Amadeo.

—¿Que estoy senil?

—No, no —fue rápido Jan—. Pero ha de haber otras explicaciones

para esto, seguro.

Una pompa verde se elevó más de la cuenta y al estallar casi les salpicó.

—¿Qué está cocinando? —preguntó Serena.

—Un caldito —dijo Maruja pasando de que la lechuza hablara.

El gato que les había conducido hasta la casa se frotó contra las piernas del chico.

Parecía muy cariñoso.

Por segunda vez, los ojos de la anciana brillaron de una forma extraña, como si centellearan.

Se pasó la lengua por los labios.

—¿Cómo te llamas?

—Jan.

—A Morabito le gustas.

—Sí, vaya.

—¿Por qué has dicho que tú estabas aquí por accidente?

—Porque soy hijo del Gran Mago de Fantasy, que es un mundo muy real, y cuando sostuve su varita...

Fue evidente.

La anciana se envaró.

Tensó todo su cuerpo.

Y por primera vez se fijó en el palo de madera que Jan llevaba en el cinto de su pantalón.

—¿Me estás diciendo que eso...? —lo señaló ella.

—Es una varita mágica, sí. Pero no la manejo muy bien.

Los ojos de Maruja se abrieron como dos lunas llenas.

—¿Tu varita es... Mayestática? —se estremeció la anciana.

Sin darse cuenta, sin saber cómo ni por qué, lejos de negarlo y protegerse, Jan se sintió en la necesidad de contar la verdad, como si algo le empujara desde dentro de su cabeza.

—Sí —reconoció el chico—. ¿Cómo es que ha oído hablar de ella...?

Lo que sucedió a continuación fue...

Primero, Maruja se puso en pie. Y de un salto, sin mostrar achaque alguno.

—¡Hoy es el mejor día de mi vida! — gritó feliz—. ¡Mayestática, el

arma más poderosa del universo, está aquí, en mi casa!

A Jan no le dio tiempo a pensar que, si venía de un lugar fantástico e irreal, Mayestática también tenía que sea fantástica e irreal.

Lo segundo que pasó fue que Morabito se convirtió en un tigre.

Lo tercero, que los pájaros dejaron de estar disecados y empezaron a volar en círculos por encima de sus cabezas.

La olla ya estaba hirviendo.

Lo cuarto y último, fue lo peor.

Maruja creció y cambió de forma. Lejos de ser una anciana menuda aumentó un metro, el cabello le creció a lo bestia, formando olas hirsutas de mechas grises, la nariz se le curvó, los ojos se le inyectaron de sangre, de los dedos de las manos emergieron diez largas uñas retorcidas. Lo único que no cambió fueron sus tres dientes, asomados en su boca por la salvaje sonrisa que iluminó satánicamente su cara.

—¡Zeñora! ¿Qué le paza? —se espantó Zacarías.

—¡Esto es una pesadilla! —fue más pragmático Amadeo.

Serena quiso echar a volar, pero todos los pájaros que danzaban sobre sus cabezas la miraban a ella con verdadero deleite.

—¡Pensaba comeros, sin más! —la bruja señaló la olla—. ¡Pero esto es... un regalo del cielo!

No había escapatoria.

Los pájaros por arriba, Morabito por abajo, la bruja omnipresente.

Estaban perdidos.

—¡Dame esa varita! —Maruja le tendió su sarmentosa mano a Jan.

—¡No! —el chico dio un paso atrás.

—¿No comprendes que te la quitaré igual?



—¡Usted no sabe manejarla!

—¡Aprenderé!

—¿Y qué hará entonces?

—¡Dominaré todos los mundos del universo! —gritó poseída por una histérica risa—. ¡Seré la más poderosa!

Jan tuvo ganas de llorar.

Pero no lo hizo.

Ahora todo estaba en sus manos, para bien o para mal.

Él había llevado a Mayestática a la Zona Oscura, y fuese verdad o no lo que les había contado la bruja, lo que estaba claro era que la varita no podía caer en sus manos.

Tenía que romperla o...

—¡Rómpela! —fue precisamente lo que le pidió Serena.

—¡Haz un hechizo, el que sea! —sugirió Amadeo.

—¡Ezo, zacanoz de aquí aunque zea confertidoz en zapoz! —suplicó Zacarías.

Maruja iba a robarle la varita.

Los pájaros iban a caer en picado.

Morabito se lanzaba sobre ellos.

Jan levantó a Mayestática.

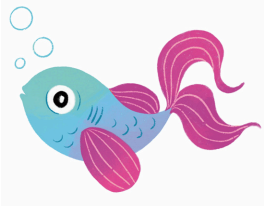
—¡Fugit! —gritó—. ¡Huida! ¡Lo que sea! ¡Lejus, lejus, lejus!

Y, de pronto, todo desapareció.

Lo suyo fue un corto viaje de apenas unos dos o tres segundos. Casi dejaron de ser materia para ser espíritu. Lo hicieron por algún cielo imaginario, aunque también fue como si volaran sobre un pensamiento fugaz, mientras el grito de Maruja se extendía por encima de sus cabezas de manera aterradora aunque lejana.

Hasta que se extinguió.

Los cuatro se miraron entonces entre sí y reaccionaron al ver dónde se encontraban.



CAPÍTULO 10

De cómo se encontraron navegando por aguas
procelosas y tuvieron la suerte de que «alguien» les indicara al camino a Ciudad Perdida.

Estaban en una barca, flotando en mitad de un mar, o un lago, o lo que fuera aquella enorme cantidad de agua.

—¿Pero ezto qué ez? —se alarmó Zacarías.

—Yo ya no puedo nadar —advirtió Amadeo.

—Seguro que flotas —le endilgó Serena antes de abrir aún más los ojos y exclamar—: ¿Cómo hemos ido a parar aquí?

Jan tuvo una intuición y se inclinó sobre la barca.

Leyó el nombre escrito en la popa.

Lejus.

Había pedido escapar.

Solo que no había ido «lejos», sino hasta una barca llamada Lejus.

Fuere como fuere, por una vez, Mayestática se había portado.

—Venga, agarrad los remos: hay que llegar a alguna parte —dijo Jan con nuevos ánimos.

—Yo no sé si podré remar —mencionó Amadeo—. Tal y como me muevo...

—¡Mucho morro tienez tú, zombi!



—Mira quién habla, vampiro.

—Menos mal que somos pocos, porque si fuéramos un equipo de fútbol... —suspiró Serena.

Jan atrapó el remo de babor. Zacarías el de estribor.

—¿A dónde nos dirigimos?

Era una buena pregunta.

—Tanto da —dijo el chico—. Lo importante es no hacerlo en círculos. En el desierto dejábamos huellas, pero aquí...

Remaron.

De tanto en tanto miraban al agua, por si surgía algún peligro inesperado en forma de tiburón o ballena. O lo que fuera. Pero no, lo único que al cabo de un rato se asomó a ras de agua fue un pez que se les quedó mirando.

Era un pez de colores muy vivos.

—¿A dónde vais? —les preguntó.

Ya no se asustaron. Después de lo de la casa de la bruja, todo era posible.

¿Un pez que hablaba? Pues vale.

—Vamos a Ciudad Perdida —le dijo Jan.

—Os desviáis un poco —el pez sacó una aleta por encima del agua —. Tenéis que ir hacia allí.

—¿Y zi ez una trampa y noz manda a un lugar eztraño para que nos coman loz zuyoz? —susurró Zacarías.

—Hemos de confiar en alguien — suspiró el chico—. No podemos seguir así. Si no llegamos a alguna parte...

—¿Está muy lejos la costa? —preguntó Amadeo.

—No —dijo el pez—. Tranquilos. Llegaréis al Bosque Umbrío y luego ya estaréis en Ciudad Perdida. Ahora debo irme porque si no me meto bajo el agua me ahogaré. Ha sido un placer conoceros. No se ve a mucha gente por aquí.

—Gracias, has sido muy amable —se despidió Jan.

—¡Comed carne! —fue lo último que les dijo el pez antes de desaparecer.

—Simpático —comentó Serena.

—Creía que íbamoz a llevárnozlo en una pezera —mencionó el vampiro.

—¡Ya sólo nos faltaría un pez! — exclamó el zombi.

Remaron más y más.

Lo hicieron en silencio un buen rato.

Hasta que Serena puso el dedo en la llaga de lo que más les estaba carcomiendo por dentro.

—Eso que ha dicho la bruja de que somos personajes sobrantes de libros... ha sido para pillarnos con la guardia baja y comernos la moral, ¿no? Quiero decir que... —no supo como seguir.

—Yo no me lo he creído en abzoluto —se hizo el digno Zacarías.

—Es muy novelesco. Casi que demasiado —intentó rascarse la barbilla el zombi, para parecer intelectual, y por poco se saca un ojo.

—Lo sabremos al llegar a Ciudad Perdida —confió Jan.

—Por lo menos hemos superado la prueba de la bruja —se animó Amadeo.

—¡La bruja Maruja! —se rió el vampiro—. ¡Tiene gracia!

—Menuda arpía era. ¡Como que ya tenía la olla a punto para comernos! —se estremeció le lechuza.

—A ti te habría dizecado —asintió Amadeo.

—Pues a este —Serena señaló al zombi—, no sé que carne le hubiese encontrado.

—¡Yo...!

—¡Mirad! —cortó la discusión Jan.

Miraron.

Era la costa.

Remaron con más ahínco y la alcanzaron en muy poco tiempo. Las aguas tocaban la playa como si de una caricia se tratara. La arena era blanca. Por lo demás, la penumbra persistía, no se veía el cielo y lo único que vislumbraron más allá de la playa fue un bosque muy cerrado.

Un bosque sin hojas en las ramas, de árboles secos, pero bosque al fin y al cabo.

—No me gusta nada la Zona Oscura —rezongó Serena.

Todos estuvieron de acuerdo, porque nadie dijo nada.

—Vamos —dijo Jan—. Cuanto antes lleguemos a Ciudad Perdida antes sabremos de qué va esto y si hay alguna posibilidad de que Mayestática me obedezca.

La varita mágica tembló.

Solo eso.

Desde luego, el pez tenía razón, lo que se extendía por doquier era un bosque de lo más umbrío. Tuvieron que moverse con cuidado, caminar vigilando tanto por donde pisaban como por la existencia de ramas bajas que podían lastimarles la cabeza. Serena intentó volar por encima de las copas de los árboles, pero le fue imposible atravesar aquella maraña superior. Se contentaron con caminar y dejar marcas en el suelo, como en el laberinto, para evitar hacerse un lío y caminar en círculos.

Fue Zacarías el que, de pronto, levantó la cabeza y vio aquella forma oscura.

Se detuvo.

Se detuvieron todos.

—¿Qué será? —cuchicheó Jan.

La forma se movió.

—¡Ezo eztá vivo! —se asustó Zacarías.

—¡Mejor echamos a correr! —propuso Serena.

Pero no tuvieron tiempo.

Lo que trataba de ocultarse en las ramas superiores del árbol acabó por perder el equilibrio, o quizá fuera que se rompió la rama en la que se apoyaba, porque se escuchó un seco chasquido.

Cayó rebotando de rama en rama hasta llegar al suelo.

Ellos, petrificados.

Se escuchó un lamento:

—¡Ay!

Y ante sus asombrados ojos vieron que se trataba de una muchacha de unos dieciséis o diecisiete años, muy guapa, cabello largo y negro, que llevaba una especie de vestido hecho con grandes hojas de árbol.

La muchacha se los quedó mirando, aunque no asustada.

Más bien enfadada.

Ellos también la miraron a ella llenos de curiosidad, sobre todo por la forma en que acababa de aterrizar, y nunca mejor dicho, en sus vidas.

—¿Quién eres tú? —preguntó Jan.

La joven se puso en pie, muy seria. Los ojos le brillaban.

—Me llamo Luva y soy una mujer loba —les dijo de forma desafiante.



CAPÍTULO 11

De cómo se unió a ellos Luva, y el grupo se volvió más numeroso y más peleón,
exactamente igual que
si de una gran familia se tratara.

Zacarías resumió al sentir de todos al mascullar:

—¿Que erez una qué?

—¿Estás sordo, o es que además de dientes te falta oído? ¡Una mujer loba!

—¡No hay mujerez loba!

—¿Cómo que no? ¿Y yo que soy? ¡Serás machista! ¿Te crees que todo son hombres lobo y vampiros? ¡También hay vampiras, estirado! ¡Yo soy una licántropa!

—Lo que faltaba —suspiró Serena—. ¡Ya estamos todo el equipo al completo!

—Pues en teoría la licantrop... — empezó a hablar Amadeo.

—¡En teoría nada, listillo! —le detuvo Luva—. ¿Tú de qué vas?

—¡Iba a exponer una teoría! ¡No seas grosera!

—¿Lo dice uno que cuando camina parece una marioneta sin hilos?

—¡Oh, lo que me ha llamado! —se envaró Amadeo.

—Si es que... ¡Menudo grupo formáis! Un zombi, un vampiro que cecea...

—¡Ez por loz dientez!

—¡Bueno! ¿Queréis parar? —gritó Jan desesperado—. ¿Es que no veis que estamos todos en el mismo barco?

Se callaron.

—¿Vas a Ciudad Perdida? —le preguntó Jan.

—¿Eso qué es? —se cruzó de brazos ella, aún desafiante.

—No lo sé. Somos nuevos aquí. Dicen que es a donde va todo el mundo.

—¿Sois... nuevos?

—Sí. Aparecimos de una forma u otra en este lugar. Lo llaman la Zona Oscura.

—Yo también aparecí aquí sin más — reconoció Luva.

—¿Lo ves? —Jan se le acercó—. ¿Cuánto hace que llegaste?

—No lo sé. No lo recuerdo —arrugó la frente.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Pues... —hizo memoria—. Éramos una manada de mujeres loba, en el bosque, libres, cuando de repente aparecieron ellos, los cazadores, y empezaron a dispararnos con sus arcos y flechas. Echamos a correr, porque eran muchos, y sin darme cuenta me vi sola, apartada del resto.

Sola y apartada del resto.

Como si «hubiera dejado de contar».

Todos captaron la intención del silencio de Jan.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así?

—Por nada —mintió el chico—. Todos tenemos historias parecidas.

—Noz ha dicho una bruja que somoz zobrantez de... ¡Ay! —miró irritado a Jan—. ¿Por qué me haz dado una patada?

—¿Qué hacías en ese árbol? —preguntó Amadeo para desviar el tema.

—Ver si aparecía la luna llena, para transformarme. Prefiero ser loba. Siento más las cosas. No me gusta mi forma humana.

—Puez erez muy guapa —dijo Zacarías inocentemente—. Si tuviera dientez no me importaría morderte.

—¡Inténtalo! —le desafió cerrando los puños—. ¡Como loba te destrozaría en un abrir y cerrar de ojos, y aun siendo vampiro dudo que me duraras mucho!

El vampiro tragó saliva con tanta fuerza que pareció un trueno.

—¿Quieres venir con nosotros, Luva? —la invitó Jan.

—¿A esa ciudad?

—Sí.

Luva miró hacia arriba.

—¿Habéis visto la luna alguna noche?

—No hemos visto ni la luna ni el sol. Siempre está así, en penumbra.

—Sin luna llena no podré transformarme —suspiró la joven.

—No tienes nada que perder. Ya sé que somos raros, pero...

Esta vez nadie dijo nada.

Sí, eran raros.

El grupo más raro jamás imaginado.

—De acuerdo —asintió la licántropa. Volvió a mirar al resto y agregó mordaz—: Hasta puede que sea divertido.

Amadeo y Zacarías se mordieron la lengua.

Reiniciaron la marcha.



CAPÍTULO 12

De cómo llegaron al valle de los libros perdidos y se encontraron con la tristeza de sus millones
de páginas olvidadas.

Desde hacía un buen rato, Zacarías y Amadeo iban delante. Luva, Jan y Serena, detrás.

Zacarías andaba con pasos breves, Amadeo moviéndose como si el aire que lo envolvía fuese una coctelera.

—No sé qué es peor —le susurró Luva a Jan—. Ver a ese zombi caminar delante de mí me está poniendo nerviosa.

—No es mal tipo —lo defendió el chico.

—No digo que lo sea. Cada cual es como es. Si me vieras a mí de loba...

—¿Tan fiera eres?

—Total —sonrió y le guiñó un ojo.

—Toda esa manada de la que has hablado... —vaciló Jan—. ¿Por qué os perseguían los hombres?

—Ya sabes de qué va eso —se entristeció ella—. Alguien mata a un par de ovejas y ¡hala!, son los lobos. Si encima descubren que la manada la forman jóvenes licántropas...

—¿Dónde vivías?

—En un bosque de Sajonia, en 1752.

Jan intentó que su impresión no le delatara.

¡1752!

En Fantasy era el año 2795.

—¿Qué es ese palo que llevas al cinto?

—Una varita mágica.

Luva desorbitó los ojos.

—Entonces... ¡Eres mago! ¡Puedes salvarnos a todos!

—No, no, espera —frenó su entusiasmo—. No es mía, es de mi padre, y por haberla «tomado prestada» estoy aquí, sin saber cómo regresar a casa. Mayestática es muy suya. No sé cómo manejarla. Cada vez que lo he intentado se ha producido un cataclismo.

—¡Mejor un cataclismo que no hacer nada y esperar a ver qué pasa! ¡Hay que arriesgarse! —insistió la mujer loba.

—Si no hay más remedio... lo probaré. Pero de momento es mejor no liarla más.

—¿Tienes miedo?

—No. Soy prudente.

Serena, que asistía muda a la conversación, dijo:

—Y mejor así.

—Tú eres una lechuza —protestó Luva.

—¿Y qué?

Zacarías y Amadeo volvieron las cabezas.

—¿De qué estáis hablando ahí atrás? —preguntó el zombi.

—De nada. Comentábamos qué hacer —disimuló Jan.

—Zi ze convierte en loba inezperadamente, tú noz avizaz, ¿eh?

—Descuida —le aseguró el chico.

—No te comería ni loca —dijo la licántropa—. Debes de tener la sangre más fría que un cubito de hielo.

Iban a discutir.

¿Pero qué les pasaba?

—Esperad —les detuvo Jan a todos.

—¿Qué sucede? —Serena miró en derredor suyo.

—Tierra, ¿me oyes? —dijo el chico.

La tierra, esta vez, no le contestó.

Se había cansado de él, o por allí no tenía comunicación.

—Vamos, dinos si estamos cerca y vamos por el buen camino.

Nada.

Luva le miró como si estuviera loco.

—¿La tierra... te ha hablado?

—Sí, un par de veces —confesó Jan.

—Está claro que si no nos sacas tú de aquí, no lo hará nadie —comentó llena de admiración.

Jan notó como Mayestática vibraba.

La sujetó con la mano.

Ya tenía bastante con un zombi desenterrado.

La varita siguió vibrando, aunque menos.

—¡Allí hay algo! —señaló Amadeo de pronto.

Apretaron el paso, expectantes. Una forma oscura se recortaba en su horizonte más cercano, más o menos a cincuenta metros de distancia.

Poco a poco, vieron de qué se trataba.

Aquello era una montaña... ¿de libros?

Sí, y no solo era una montaña. Lo que vieron al otro lado era mucho más que eso.

Toda una hondonada, casi una cañada, abarrotada de libros, miles, cientos de miles, millones de ellos.

—¿Pero qué...? —se detuvo Amadeo.

Ojearon algunos.

Los había de todas las épocas, de todos los géneros, de todos los autores y en todas las lenguas. Algunos estaban nuevos, otros muy usados. Pero todos tenían un denominador común.

Parecían tristes.

Las páginas amarillentas, las letras mustias, como si jamás hubieran sido leídas...

—En la primera página de este pone «Juan Diego García, 6ºA» —leyó Luva.

—En este «Giacometta Fontella, Corso Noveno» —leyó el suyo Amadeo.

—Y en este «Henry Carterhouse, 5ºE» —le tocó el turno a Jan.

El resto era parecido.

«Christian Shogun, College Albert», «Sergei Androvich, 9º», «Danielle Fontainebleau, 4eme»...

Nombres de estudiantes y su curso de estudios.

De todo el mundo.

«Bernabé Soler», «Petrova Nadenkova», «Kalua M'Bate», «Tatiana Acevedo», «Mohamed Saurí», «Fátima Nuriba», «Nakata Takaheshi», «Bebba N'Kaulona»...



—Son libros olvidados, despreciados, no queridos —dijo triste Amadeo—. Los libros que los chicos y chicas de todo el mundo odian leer, y más si se lo impone un maestro. Los libros que mueren en sus manos y jamás se terminan.

—Entonces, ¿esto es un cementerio de libros? —dijo Jan.

No necesitó respuesta.

La evidencia estaba ahí.

—Sí, es como si todo lo que sobrase... fuese a parar a la Zona Oscura — reflexionó Serena recordando las palabras de la bruja.

Callaron.

Todos.

Ver aquello les acababa de encoger el alma.

Lo mismo que verse a sí mismos.

—Dile a tu varita que haga algo — sugirió Luva.

—No puedo. Es capaz de devolver cada libro a su dueño y metérselo por la boca —suspiró Jan.

—Tampoco estaría mal. Por burros — dijo Amadeo—. Y sé de qué hablo.

Parecían haber perdido todas sus fuerzas.

Ni se movían.

Devolvieron los libros a la montaña.

El silencio se hizo muy espeso, y largo, hasta que la lechuza agitó las alas nerviosa.

—Deberíamos seguir.

Eso les despertó.

—Sí, aquí no hacemos nada —se puso en marcha Jan.

—Ziudad Perdida ya no puede eztar muy lejoz —les alentó Zacarías.

Rodearon la montaña y la cañada inundada de libros. Tardaron un poco, porque era enorme. Cuando por fin llegaron al otro lado se encontraron un nuevo poste indicador con una flecha y dos palabras:

CIUDAD PERDIDA.

Una senda serpenteaba entre los árboles del bosque umbrío.

A lo lejos, incluso se adivinaba una claridad.

Luces.

Apretaron el paso.



CAPÍTULO 13

De cómo llegaron a Ciudad Perdida, de cómo tuvieron que pasar el control de un enfadado celador
y de cómo descubrieron un poco de la vida del inquietante lugar.

Ciudad Perdida era una vasta extensión de casitas colocadas de manera informe y caótica que se extendía por una especie de gran altiplano. Las casitas eran de madera. La misma madera de los árboles muertos que llenaban la Zona Oscura, así que la impresión era que aquella también era una ciudad muerta.

Muerta aunque llena de vida.

Incluso desde la distancia, pudieron ver el bullicio de sus calles retorcidas.

La senda que seguían desembocaba directamente en lo que parecía ser una puerta principal. No es que no se pudiese acceder desde cualquier lado, pero el camino llevaba a la puerta y, en la puerta, se encontraron con un celador.

Un tipo malhumorado y malcarado, ceño fruncido, cara avinagrada, ojos hundidos, nariz de patata, mal afeitado, cuerpo pequeño, manos grandes, cuatro cabellos hirsutos en la cabeza. Estaba sentado frente a una mesa sucia y tenía una libreta abierta sobre ella. Se los quedó mirando con desagrado

Más por inercia que por otra cosa, se detuvieron ante él.

—Hola —dijo Jan.

La respuesta fue un gruñido.

—¿Qué tal? —lo probó de nuevo.

—¿Qué tal? —casi escupió las palabras—. ¿A ti qué te parece? ¡Vaya pregunta! ¡Qué tal! ¡Aquí el chico llega de improviso y

pregunta qué tal! ¿Estás de broma? ¡Esto es un caos, un caos! Venga, va, ¿qué queréis? No tengo todo el día y luego la gente se amontona en la cola y me gritan y...

Miraron camino arriba camino abajo.

No había nadie más que ellos.

—¿Podemos entrar? —preguntó Jan, siempre llevando la voz cantante del grupo.

El celador se les quedó mirando.

Formaban un quinteto de lo más extraño.

—¡Podéis entrar, podéis salir, podéis hacer lo que os dé la gana! ¡Esto es un caos, un caos! ¡Parece que todo el mundo se ha vuelto loco! ¡Hala, a Ciudad Perdida! ¿Y quién es el que trabaja? ¡Yo!

—¿Llevas un registro de todo?

Era una pregunta inocente.

Se la tomó a las malas.

—¡Un registro! ¡Sí, ya, lo que faltaba! ¿Sabes la de gente que hay ahí! ¡Y el que menos no es raro, no, es demencial! ¡Yo solo me encargo de decir a dónde debéis ir! ¡Lo demás es cosa vuestra! —y repitió lo que parecía ser su cantinela más usual—: ¡Esto es un caos! ¡Esto es un caos!

—Nosotros...

—¡Sí, ya! —detuvo las siguientes palabras de Jan—. ¡Ahora tenéis prisa, claro! ¡La cola, como si nada! ¡Nadie quiere hacer colas, todo el mundo trata de entrar el primero! ¡Así nos va! ¡Esto es...!

El que no acabó la frase ahora fue él.

Luva se le puso delante, casi pegó la nariz a la del celador, le agarró el cuello con la mano izquierda y levantó el dedo índice de la derecha para dar mayor énfasis a sus palabras. Los ojos de la mujer loba echaban chispas.

—¡Oye, tú, tarado narigón, como vuelvas a quejarte te aseguro que te quedas sin esos cuatro pelos de la cabeza y con al menos un ojo morado! ¿Me has entendido? ¡Y basta de hablar de la cola, porque aquí no hay nadie más que nosotros! ¡Y si vuelves a decir que esto es un caos, te aseguro que te vas a enterar de lo que es realmente UN CAOS! ¿Lo pillas?

Vaya si lo pilló.

Primero se puso bizco siguiendo el movimiento del dedo índice de la mano derecha de Luva. Segundo, empezó a ahogarse por el agarrón de su cuello. Tercero, empezó a sudar como una fuente.

Luva lo soltó.

Jan, Zacarías, Amadeo y Serena la miraban impresionados.

—¡Zorprendente! —susurró el vampiro.

El celador trató de recomponerse.

—El... siguiente —dijo en un tono mucho menos adusto.

—Somos nosotros —volvió a hablar Jan.

El hombre, por si acaso, no perdía de vista a Luva.

—Esto... Queréis entrar, claro.

—Sí.

—¿Un zombi, un vampiro...?

—Ella es una mujer loba y yo un niño mago —se lo aclaró—. La lechuza habla. No sé si cuenta.

—Todo cuenta, todo cuenta —lo de la «mujer loba» le puso aún más incómodo. Tragó saliva con esfuerzo—. Veamos... — examinó la libreta—. Sí, zombis al sector B, vampiros al J...

—Espera —intervino de nuevo Luva—. ¿Me estás diciendo que vamos a separarnos?

—Pues... es para no amontonar y...

—¡Esto es segregación! —Luva dio un puñetazo en la mesa.

El celador se puso a tartamudear.

—Luego... cuando estéis dentro... podéis visitaros... ir de un lado a otro... pero así, de entrada... Bueno, quiero decir que... a veces a unos no les gusta estar con los otros... Ya me entendéis. Mezclar vampiros con zombis...

—Nozotroz zomoz amigoz —dijo Zacarías.

—Y yo soy un zombi equivocado, porque no debería estar muerto, así que menos aún resucitado —dijo Amadeo.

El celador empezó a ponerse verde.

—Yo... os digo a dónde... ir y... y ya está, ¿vale?

—Vale, vale —quiso acabar con aquello Jan.

—¡Si es que esto es un...! —se detuvo a tiempo antes de pronunciar la palabra «caos» cuando Luva levantó la mano—. En fin,

lo que ya os he dicho... Zombis al B, vampiros al J, hombres... y mujeres lobo al K, niños magos al H... —miró a Jan—. No sé qué pasa ahí afuera, pero llevamos una inflación de niños magos que no veas, chico. ¿Estáis de moda o qué?

—Supongo —dijo Jan.

—Al sector H le llaman Potterlandia. No sé por qué será.

—¿Y yo qué? —preguntó Serena.

—Pues... hay varios sectores de animales. Podría ser el N, de aves, o el C, de bichos que hablan...

—Llámame bicho otra vez y mi amiga te muerde —se puso chula la lechuza.

Al celador se le doblaron las rodillas.

—Ya... está, pasad, venga... ¡Uf!

Lo dejaron atrás y cruzaron la puerta de Ciudad Perdida. Nada más hacerlo le oyeron rezongar:

—¡Esto es un caos! ¡Un verdadero caos!

En la entrada había un súper poste de información señalizando todos los sectores. Pasaron de él y siguieron en línea recta, hacia el centro. No tardaron en llegar a una plaza circular presidida por una especie de escenario. Allí debían de celebrarse reuniones y otras cosas. Donde había más gente era en un tugurio situado bajo un rótulo en el que leyeron la palabra: «BAR».

Jan se dio cuenta de que no había comido nada, pero que tampoco tenía hambre. Si el tiempo no transcurría...

—Allí hay gente de todos los sectores — señaló Amadeo—. Vamos a ver qué oímos.

Era la mejor de las opciones.

Se encaminaron hacia el lugar.

Nada más entrar advirtieron que el ambiente era muy denso y muy cerrado. La mezcla de tipos raros era increíble. No faltaba ningún espécimen fantástico. Incluso vieron a un extraterrestre solitario y más perdido que un astronauta en un agujero negro.

En la barra, escucharon una extraña conversación:

—¡Ponme una medida! —pidió un elfo con cara de tonto.

—¿Trueque o pago? —preguntó el tipo que servía al otro lado.

—Trueque.

—¿Qué tienes?

El cliente sacó unas piedras de colores.

—Vale, bien —lo aceptó el dueño del bar.

Y le sirvió un infecto brebaje de color marrón.

Se preguntaban que sería «pago» y con qué se pagaría, cuando otro cliente, esta vez un tipo vestido de pirata, pidió otra bebida.

—¿Trueque o pago?

—Pago.

El hombre del bar sacó de debajo del mostrador una cajita de metal y el cliente le contó una historia. Cuando terminó, la cerró y la volvió a guardar.



—¿Pero qué...? —se preguntó Jan.

—Aquí o se comercia con objetos que se intercambian, o se venden recuerdos — les dijo una bailarina a su lado.

—¿Recuerdos? —dijo Luva.

—Son muy valiosos, y se pagan bien en el mercado. Cada cual tiene su vida, pero también se alimenta de la de los otros —les explicó ella—. Aquí es todo lo que tenemos.

Jan se puso pálido.

El grupo entero guardó silencio.

Iban a salir del bar cuando en una mesa vieron a un joven guapo y apuesto, elegante, aunque sumido en un mar de lágrimas. Le contaba algo a una jirafa sentada como si tal cosa a su lado, en voz alta, así que pudieron escuchar de forma clara su lamento:

—El libro se titula «Pietrowska, Vailyn y Kiertopher». Yo soy Vailyn. En la página 952, después de muchas visicitudes, Pietrowsla escoge a Kiertopher y yo... ¡Yo desaparezco! —el guaperas rompió a llorar —. ¡El final del libro solo es para ellos dos! ¡Ni siquiera sé cómo llegué aquí desde Polonia! ¡Buaaa...!

—Esto va a peor —gimió Amadeo.

—Zi, no zaldremoz nunca de aquí — resumió el malestar general Zacarías.

—Si tu varita no hace algo... —insistió Luva.

—Jan, has de probarlo —le dijo Serena—. Nada puede ser peor que esto.

—Yo no quiero vender mis recuerdos — se estremeció el zombi, aunque eso ya lo hacía de forma natural al andar.

—Ni yo los míoz —aclaró el vampiro.

—Tú tendrás la tira —dijo Luva—. Si has vivido tanto... Podríamos quedarnos aquí con solo que vendieras los tuyos.

—¡Nadie va a vender nada! —gruñó Jan antes de que Zacarías respondiera a la mujer loba.

—Salgamos fuera —propuso la lechuza—. Me estoy poniendo nerviosa con toda esa gente rara.

Iban a salir.

Estaban casi en la puerta.

Y, de pronto...



CAPÍTULO 14

De cómo tuvieron que salir por patas del bar, ser perseguidos, acosados, acorralados y llevados al límite
de su situación al borde del fin.

Un gnomo ridículo, con gorrito rojo, calzones enormes, sandalias puntiagudas y una camisa con setas de colores dibujadas, se plantó delante de Jan.

—¡Eh! —gritó con voz aflautada—. ¡Yo a ti te conozco!

El chico se quedó muy quieto.

—¡Sí, tú eres el hijo del Gran Mago! — siguió el gnomo.

Consiguió que varios de los que estaban más cerca miraran hacia ellos.

Jan, callado.

—¡Yo también soy de Fantasy! ¿Qué estás haciendo tú aquí!

La palabra Fantasy hizo que más y más clientes del bar les prestaran atención.

Jan intuyó el peligro.

Sus demás compañeros, también.

—No es quién dices que es —tomó la iniciativa Luva—. Y ahora apártate o mi amigo vampiro te chupará la sangre.

A Zacarías no se le ocurrió nada mejor que sonreír orgulloso.

—¡Pero si no tiene dientes! —gritó el gnomo.

El vampiro cerró la boca.

—¡Yo sí! —Luva le enseñó los suyos.

Lamentablemente, ya era demasiado tarde. El gnomo había mirado a Zacarías, a Luva, a Amadeo. Volvió a posar la vista en Jan y

entonces descubrió a Mayestática.

—¡La varita mágica del Gran Mago de Fantasy! —gritó a pleno pulmón, llevado por el asombro.

Se hizo un silencio absoluto en el bar.

Por lo visto, todos conocían no solo Fantasy, sino de qué estaba hablando el endiablado gnomo.

¡No lo es! —trató de esconderla Jan—. ¡Es un juguete! ¡Una copia!

Demasiado tarde.

El gnomo se puso a dar saltos.

—¡Es Jan, sí, el hijo del Gran Mago de Fantasy, y está aquí! ¡Está aquí con... Mayestática!

Lo dijo tan fuerte que no solo se enteraron todos los de bar, probablemente también todos los habitantes de Ciudad Perdida.

Se levantó un coro de voces entre sorprendidas y exaltadas.

—¡Mayestática!

—¡La varita mágica!

—¡La más poderosa!

—¡Y la lleva el hijo del Gran Mago!

—¡Ha venido a salvarnos!

Esto último causó dos cosas: conmoción y revuelo.

—No... no... Yo no... —trató de decir inútilmente Jan.

Sí, era demasiado tarde.

Peor que tarde.

—¡Sálvanos, oh hijo del Gran Mago! —gritaron a coro los presentes.

—Ho-ra-de-ir-se —cantó Luva al oído del chico.

—Ezto ze eztá poniendo de lo máz feo —gimió Zacarías.

Todos los seres extraordinarios del bar les rodeaban. Sus ojos mostraban la expectación que sentían. Estaban condenados a vivir en la Zona Oscura y, de pronto, ante ellos surgía una esperanza, una posibilidad de escape.

—¡Si me dejáis que os explique...! — levantó las manos Amadeo para contener a la turba.

Ni caso.

¿Un zombi parando un alud de seres enloquecidos?

—¡A correr! —acertó Serena, aunque ella era la única que no lo

hacía.

Salieron del bar como pudieron, y no resultó fácil. Por suerte Luva iba delante, en plan estilete. No era un lobo, pero tenía alma de lobo. Rápida, ágil, fuerte, logró abrir un hueco y por él se precipitaron todos al exterior.

Lo malo era que ya empezaba a correr la voz.

—¡Viene de Fantasy!

—¡Es el hijo del Gran Mago!

—¡Lleva a la fabulosa Mayestática!

—¡Tiene el poder!

No había muchos lugares a los que ir. La plaza rebosaba personas, animales, seres fantásticos y lo inimaginable. Un claro clamor se extendía a lo largo y ancho de la Ciudad Perdida. De momento podían eludirles, aunque sabían que no lograrían por mucho tiempo.

Cada cual gritaba pidiendo algo.

—¡Quiero volver a ser humana!

—¡Quiero regresar a mi planeta!

—¡Quiero que Pietrowska me escoja a mí en lugar del guaperas de Kiertopher!

Se cruzaron con el celador de la puerta, que probablemente regresaba de su trabajo.

—¡Ya sabía que traeríais problemas! — levantó un puño airado al verles pasar a la carrera—. ¡Esto es un caos! ¡Esto es un caos!

Lo peor de correr juntos era que Amadeo lo hacía fatal.

Y si lo esperaban... se rezagaban.

—¡Corred, dejadme! —se sacrificó en plan heroico al darse cuenta —. ¡Salvaos vosotros!

—¡No! —dijo Jan—. ¡Todos juntos!

—¡Ezto ez de lo máz honorable y valerozo! —jadeó Zacarías echando de menos sus habilidades para convertirse en murciélago y volar.

—¡Por allí! —señaló Luva en dirección a un dédalo de callejuelas.

Les seguía una turba enfervorizada.

—¡Jan, pídele algo a Mayestática! — sugirió Serena—. ¡Lo que sea!

—¡Sí, aunque volvamos a Lejus! — recordó Amadeo.

Jan llevaba la varita en la mano, firmemente agarrada.

¿Lo probaba?

—¡Mayestática, por favor...!

Al final de un recodo, se encontraron con otra turba que les venía de cara.

Empezaban a estar acorralados.

—¡Por favor, Mayestática!

La varita seguía muy quieta.

—¡Lejus! —gritó Jan.

Esperaron verse transportados y aparecer en la barca.

Nada.

—¡No responde! —dijo el chico.

—¡Lo que faltaba! —se desanimó Serena.

—¡No... puedo... más! —jadeó Amadeo.

—¡No quiero morir zin dientez! —lloró Zacarías.

Luva seguía guiando al grupo, impulsada por su instinto de loba.

—¡Hacia allí!

Parecía un terraplén, o una liviana colina.

Y lo era.

Una colina desde la cual se dominaba toda Ciudad Perdida... y algo más.

Cuando llegaron arriba vieron que estaban rodeados.

Por completo.

De cualquier calle circundante emergían más y más seres.

Todos pidiendo lo que parecía imposible.

—¡Sálvanos!

—¡Queremos volver a nuestros libros!

—¡Solo tú puedes hacerlo!

Jan miró a Mayestática con rabia.

Casi rompió a llorar.

Casi.

Las primeras manos iban a rozarles, a tocarles, a sepultarles en medio de la turba desaforada y enloquecida. Ya no había escape posible.

Y entonces...

Fue increíble.

Inexplicable.

Alucinante.

Se hizo un claro en el cielo, en la noche cerrada que dominaba la ciudad, y por el inesperado agujero surgió una mano gigantesca que descendió hasta ellos.

Una mano que agarró a Jan y solo a Jan, tiró de él y se lo llevó en volandas.

Hasta desaparecer.





CAPÍTULO 15

De cómo bien está lo que bien acaba y Jan encontró la forma de arreglar las cosas a plena satisfacción
de todos y todas.

El «viaje», o lo que fuera, apenas si duró un suspiro.

En un abrir y cerrar de ojos, Jan se encontró en su casa.

La mano que lo sostenía, ahora agarrándole solo por el cuello, era la de su padre, aunque ya no era una mano gigante, sino la normal.

La cara de Petros, el Gran Mago, lo decía todo.

Lo primero que hizo fue arrebatarle a Mayestática.

Luego pegó su nariz a la de Jan y le gritó:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Jan, que ya estaba en el suelo, sintió que se le doblaban las rodillas.

—Pa-pa-pá...

—¡Ni pa-pa-pá ni nada! ¿Sabes en qué líos podías haberte metido?

«¿Haberse metido?».

¡Pero si se había metido en el más gordo!

No, allí pasaba algo raro.

Jan miró a la derecha. Roc movía la cola feliz. Miró a la izquierda. Samu volvía a ser el mismo dentro de su jaula. Su padre llevaba las mismas ropas de gala, como si estuviera a punto de irse para pronunciar su discurso en la Asamblea.

—¡Te dejo solo diez segundos y desapareces! —siguió gritando el Gran Mago.

¡Diez segundos!

—¿Cuánto he... estado fuera...? — preguntó el chico.

—¡Ni un minuto! ¡Menos mal que he vuelto en seguida!

¡Ni un minuto!

¡Asombroso!

—¡En cuanto he visto lo que habías hecho con Roc y con Samu he comprendido que te habías puesto a jugar con Mayestática!

—¿Y... cómo me has... encontrado?

—¿Crees que Mayestática no me habla? ¡Tiene un vínculo conmigo! ¡Solo he tenido que seguir su rastro! ¿Dónde estabas?

¿Se lo explicaba?

—¿Conoces... la Zona Oscura?

—¿Estabas en la Zona Oscura? —abrió los ojos el Gran Mago.

—Sí.

—¿Mayestática te ha llevado allí?

—Yo... no lo sé. Pero sí, estaba allí.

La varita vibraba en la otra mano de Petros.

—Asombroso —dijo.

—¿Por qué?

—La Zona Oscura es una leyenda.

—Pues te aseguro que no lo es, papá. Es... bastante real, te lo digo yo.

—¡Por suerte solo has estado unos segundos! —volvió a gritar el Gran Mago—. ¡Ya te castigaré luego! ¡Ahora he de irme de una dichosa vez!

Mayestática seguía vibrando.

Jan la miró extrañado.

También Petros.

—¿Y a ti qué te pasa ahora? —le preguntó a su varita mágica.

Silencio.

—Yo le hablaba en latín, pero nada, ni caso —dijo Jan.

—¡Únicamente yo puedo hablarle en latín, zoquete!

—Papá...

—¿Qué? —el hombre seguía muy enfadado.

—Papá, aunque el tiempo no transcurría... yo he estado varias horas allá.

—¿Pero qué dices?

—Te lo juro. Y estaba con un vampiro sin dientes, un zombi muerto

por equivocación, una mujer loba y una lechuza un poco desmemoriada.

El Gran Mago no tuvo más remedio que dejarse caer en una butaca.

—¿Pero qué dices?

—Es un mundo extraño, pero una vez lo conoces...

—La Zona Oscura... —empezó a decir Petros sin fuerzas.

—Es el lugar al que van a parar los personajes olvidados de las novelas, los que ya dejan de contar antes del final y desaparecen —le reveló su hijo—. Incluso una mujer me ha dicho que Fantasy no es real, sino otra novela más.

—¡Qué tonterías! ¿Cómo no va a ser real Fantasy? ¿Quién era esa mujer?

—Una bruja.

El Gran Mago le tenía respeto a las brujas.

Se quedó tenso.

—¿Has estado con una bruja?

—Sí, y me he escapado justo a tiempo.

—Jan... —habló con voz más suave su padre—. ¿Has estado en peligro?

Si le decía que sí, malo. Pero si le ocultaba la verdad...

¿Qué sería de Zacarías, Serena, Amadeo y Luva?

—En peligro... no —vaciló buscando las palabras adecuadas—. Pero hay una ciudad entera llena de personas, animales y seres extraordinarios que viven desesperados. Todos quieren volver a su casa.

—¿Su casa?

—Los libros de los que salieron.

—Bueno —suspiró el Gran Mago un poco atribulado por todo aquello—. Eso no es asunto nuestro. Por suerte estás bien y te he encontrado. Ahora hemos de salir y...

Jan tomó aire.

—Papá, he de volver —dijo.

Petros pareció no haberle oído bien.

—¿Qué?

—He de volver para ayudar a mis amigos.

—¿Qué amigos?

—Zacarías, Luva, Serena y Amadeo.

—¿No hablarás en serio?

—Hemos pasado muchas cosas juntos, y merecen una oportunidad.

—¿Pero tú crees que puedes ir y volver de la Zona Oscura así como así, y más siendo un lugar real?

—Si me ayudas, sí. Para algo eres el Gran Mago. Solo has de decirme cómo manejar a Mayestática.

—¡¿Y con Mayestática?! —bramó.

—Por favor...

—¡Tú estás loco! —Petros se puso en pie—. Venga, se acabó, hay que irse.

Jan no se movió.

—No —dijo.

—¿Cómo que no?

—Una vez me dijiste que en la vida hay pocas cosas más importantes que la lealtad para con los demás y la ética para con uno mismo.

—Te lo dije, cierto —reconoció el hombre.

—Pues se trata de eso, papá.

El Gran Mago le puso una mano en el hombro. Con la otra le acarició la mejilla. En sus ojos apareció una mirada mucho más calmada y en su semblante una expresión de paz.

—¿De verdad quieres regresar?

—Me necesitan.

—¿Y si te sucede algo malo?

—No puede pasarme nada llevando a Mayestática y estando tú aquí. Solo será un segundo. Dime cómo conseguir que me haga caso y confía en mí.

Confiar en él.

Era un niño.

Y su padre Petros, el Gran Mago.

Pasaron unos instantes.

La presión de ambas manos se hizo mayor.

—No sé quiénes son esos Zacarías, Serena, Luva y Amadeo, pero

si son tus amigos...

—Lo son, papá.

Otra larga pausa.

El Gran Mago le volvió a dar la varita mágica.

Convencido.

—Mayestática —dijo solemne—. Obe-dece a Jan, mi hijo. Y sin latín.

La varita vibró una vez más.

Iluminó su extremo.

—Tienes un segundo —fue tajante Petros—. Si es como dices y allí el tiempo no transcurre, te basta y te sobra para hacer lo que tengas que hacer.

—¡Bien, papá! —se sintió feliz.

—Pero a tu regreso, esta noche, tendremos mucho que hablar sobre la Zona Oscura, ¿de acuerdo?

—Te asombrará —asintió el chico.

—De acuerdo: ve.

Se apartó de él.

Jan miró a Mayestática.

Era su prueba de fuego.

Cerró los ojos y simplemente dijo:

—¡Volvamos!





CAPÍTULO 16

De cómo cada cual volvió a donde le correspondía y la historia llega a su fin, como toda buena novela
que se precie.

Esta vez no hubo mano.

Jan cayó despacio, como si flotara, justo sobre el lugar que había ocupado antes de ser rescatado.

Zacarías, Serena, Luva y Amadeo se lo quedaron mirando como si fuera un fantasma.

—¡Primero desapareces...! —exclamó el zombi.

—¡Y luego reaparecez! —balbuceó el vampiro.

La escena parecía la misma, con la turba a punto de darles alcance arriba de la loma en la que estaban cercados. Posiblemente no hubiera estado fuera más allá de dos o tres segundos.

—¿Qué ha pasado? —gritó Luva para hacerse oír por encima de los aullidos de los asaltantes, que también habían sido testigos del extraño fenómeno.

—¡No hay tiempo para explicaciones! —recuperó el control Jan—. Primero...

Levantó la mano que sostenía a Mayestática.

Luego apuntó con la varita a los personajes de los libros que, con los brazos extendidos y los ojos alucinados, se encontraban ya a dos o tres metros de ellos..

Y mientras describía un círculo completo de 360º dijo:

—¡Quietos!

La muchedumbre se quedó paralizada.

Inmóvil.

—¡Mayestática... te obedece! —dijo Serena.

Todos se quedaron mirando aquel prodigio.

Jan se enfrentó a sus amigos sin perder su escaso y valioso tiempo

—¡Escuchad, puedo devolveros a vuestros orígenes!

—¿De verdad? —se envaró Luva.

—¿Queréis?

—¡Claro que queremos! —saltó Amadeo.

—¿Y recuperaré miz dientez? — preguntó Zacarías.

—¡Volveréis a ser los que erais! —les aseguró Jan.

—Entonces, ¿a qué esperas? —le abrazó Luva.

Jan se dirigió primero a ella, puesto que era la que tenía ahora más cerca.

Se miraron a los ojos.

La apuntó con Mayestática y ordenó:

—¡Ve!

La mujer loba desapareció.

Lo último que quedó flotando en el aire fue el color de su sonrisa.

Le tocó el turno a Zacarías.

—¡Recupera tus dientes!

La boca del vampiro se llenó de dientes.

—¡Ya... no ceceo! —se tocó los labios con las manos—. ¡Vuelvo a estar operativo!

No era la palabra más adecuada, así que se echaron a reír.

—¡Adiós, Zacarías, y suerte en tus próximos mil años! —le deseó Jan.

El vampiro siguió los pasos de Luva, es decir, desapareció sin más.

Quedaba Amadeo.

Jan también dio una primera orden:

—¡Vuelve a la vida!

Y al momento, Amadeo dejó de ser un zombi, el cuerpo se le llenó de carne, la carne de órganos, los órganos de sangre. Su rostro recuperó la normalidad, dejó de estar pálido y demacrado. Incluso su ropa pasó de estar andrajosa a lucir como si acabara de comprarla.

—¡Gracias, Jan! —se le escaparon las lágrimas.

—¡Vuelve a tu casa! —se despidió el chico.



La tercera desaparición.

Ya solo quedaban Serena y él.

Además de la turba paralizada.

—¿Qué haré contigo? —le preguntó Jan a la lechuza.

—No lo sé —dijo ella triste—. Yo ya estaba aquí. No recuerdo por qué pero... creo que pertenezco a la Zona Oscura.

—¿Pero quieres quedarte aquí?

—¡No!

—¡Entonces te vendrás conmigo a Fantasy! ¡Serás mi amiga y mascota! —se animó Jan—. ¿Preparada?

—¡Sí! —batió las alas ella.

Se aferró con fuerza al hombro del chico.

Sabía lo que venía a continuación.

Jan sostuvo con fuerza a Mayestática. Volvió a describir un círculo de 360º abarcando a los que habían subido la loma, y más allá, a Ciudad Perdida y a toda la Zona Oscura, y ordenó de nuevo:

—¡Volved a vuestras casas, a vuestros libros, a donde pertenezcáis!

Y en un abrir y cerrar de ojos, todos desaparecieron.

Todos.

Se hizo el silencio.

Lo único que quizá escucharon muy, muy a lo lejos, fue un grito tremendo y ahogado procedente de algún lugar de la Zona Oscura.

Quizá el grito de una bruja.

Quizá.

Jan se tocó a sí mismo con Mayestática y ya no hizo falta que dijera nada.

Él también volvía por fin a casa.

FIN

¡Queremos saber tu opinión!
Nos puedes encontrar en:



PIJAMABOOKS.COM

Table of Contents

CRÉDITOS
SINOPSIS
- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16